

Dinero en el bolsillo

ASTA OLIVIA NORDENHOF

TRADUCCIÓN DE MARIA ROSICH ANDREU

narrativa sextopiso



Dinero en el bolsillo

ASTA OLIVIA NORDENHOF

TRADUCCIÓN DE MARIA ROSICH ANDREU

narrativa sextopiso



Dinero en el bolsillo
Scandinavian Star, primera parte
ASTA OLIVIA NORDENHOF
TRADUCCIÓN DE MARIA ROSICH ANDREU



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Penge på lommen

Copyright © ASTA OLIVIA NORDENHOF, 2020

Publicado por acuerdo con Copenhagen Literary Agency ApS, Copenhagen

Primera edición: 2024

Traducción

© MARIA ROSICH ANDREU

Imagen de portada

© GERARD SCHLOSSER, VEGAP, Madrid, 2023

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2024

América 109

Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Formación

GRAFIME

ISBN: 978-84-19261-93-9



**Cofinanciado por
la Unión Europea**

El apoyo de la Comisión Europea a la producción de esta publicación no constituye una aprobación del contenido, que refleja únicamente las opiniones de los autores, y la Comisión no se hace responsable del uso que pueda hacerse de la información contenida en ella



Danish Arts
Foundation

Este libro ha sido publicado con una ayuda a la traducción de The Danish Arts Foundation

Gracias por los consejos y los ánimos a lo largo del camino a Emil, Pernille, Morten, Sigurd,
Elisabeth

Gracias a Peter y Basilisk por editar mis libros

Gracias a Statens Kunstfond por su apoyo

UN ROSTRO EN UN SUEÑO

Iba en bus a algún lugar de Fionia. El bus se detuvo y un hombre de pelo blanco me miró a través de la ventanilla. No puedo explicar por qué, se parecía a muchos otros hombres, pero cuando el autobús arrancó de nuevo, tuve la extraña sensación de que me llevaba algo de él conmigo. Después de aquello, cada vez me resultaba más difícil concentrarme en otra cosa; no podía evitarlo, intentaba recordar su rostro. Parecía sacado de un sueño: lo veía muy claramente a la altura de mis ojos, pero no lograba retener ni un solo detalle. Su cara me evocó la imagen difusa de una granja. Una granja formada por tres edificios alrededor de un patio, muros lisos e inmóviles en la noche. Hubiera querido olvidar a aquel hombre, pero su presencia seguía temblando de un modo extraño sobre mis hombros. Me perseguía, pero no solo eso: se había metido dentro de mí y se espiaba a sí mismo. Esto duró varias semanas, hasta que acepté que no me quedaba otra que volver al lugar en el que lo había visto.

Salí de la estación de Nyborg y bajé por la avenida desierta hacia el centro. Me compré una cerveza en una pizzería y me senté a tomármela de cara al castillo. Hacía calor. Había poca gente por la calle, solo grupitos que caminaban o se sentaban con sus helados. Las aguas poco profundas del foso estaban muy quietas, tanto que, cuando una libélula se posó en la superficie, vi cómo temblaba. Una prole de patitos acurrucados en una roca calentada por el sol. Luego me levanté y fui a buscar el bus que había cogido en aquella ocasión.

Por supuesto, nunca volví a verlo. Llegué hasta el final de la línea. Cuando el conductor entendió que yo tenía intención de quedarme en el bus de vuelta a Nyborg, giró el torso hacia atrás, hacia los asientos que, por lo demás, estaban vacíos, y me dijo que yo sí que sabía cómo afrontar un día caluroso. Casi habíamos llegado al punto inicial cuando me levanté de sopetón y le pedí que se detuviera: ahí había una granja, tenía que bajarme.

Entré al patio y llamé al timbre. No respondió nadie. ANNE-METTE, HENRIK, EMMA Y LUKAS, rezaba una placa en la puerta, pero ninguno de esos nombres coincidía con lo que temblaba en mi interior, asustándome. ¿Cómo podría averiguar si era la granja de mi sueño? Me senté en un banco, cerré los ojos y las cosas empezaron a encajar. Ahí debía de haber estado el granero, ya demolido. Y por ahí abajo debía de haber pastado Turner, la yegua. Kurt, ese es su nombre, tenía algún tipo de empresa, pero no debió de empezar a ser patrón hasta una edad relativamente avanzada, porque no se había impregnado del papel, sino que lo cargaba solo superficialmente, frágil, amenazante. Dos empleados, Lars y Fatih. Por la noche, los muros están lisos y silenciosos, pululan mosquitos, los autobuses aguardan en el granero. Servicio de Autobuses Kurt, este es el sencillo nombre de su empresa. Por la noche, cuando los autobuses aguardan en el granero, alguien está despierto: Maggie.

KURT

Es casi mediodía. Kurt está solo en la oficina. Hace un calor sofocante. En la pared cuelga un calendario de una marca de ropa interior cara. Maggie lo trajo de una tienda y no se le ocurrió otra cosa que dárselo a Kurt, a quien a su vez no se le ocurrió otra cosa que colgarlo. No entiende las imágenes, le parecen frías, y le apura pensar qué pensará Maggie que piensa de ellas. ¿Creía realmente que así lo hacía feliz o fue solo un alarde de generosidad? ¿Debería haber rechazado el regalo? ¿Tomárselo como una falta de respeto y ofenderse? ¿O tenía que haberlo entendido como una pregunta? Y en tal caso, ¿cuál? Se le olvida cambiar el mes, tiene enero a la vista hasta mayo, y luego hojea con prisa distraída hasta llegar a la mujer que toca, listo para darse la vuelta y defenderse, decir que ni él sabe lo que está haciendo, que es inocente, de verdad.

Entonces coge el teléfono y explica por cuarta vez a un tal Henrik Mikkelsen que sí que se pueden reservar los asientos delanteros y que no tiene que pagar hasta que suba. Kurt siempre está inquieto en las intermediaciones del teléfono. Cuando suena, es como si le metieran un alambre por el espinazo, y cuando no suena, Kurt espera. Habla muy alto por el auricular, se levanta y va de un lado a otro del minúsculo semicírculo que permite el cable, arrastra el aparato hasta que casi se cae por el borde de la mesa y vuelve a colocarlo a tientas en su sitio. Ha adquirido la costumbre de golpear la mesa con la palma de la mano cuando termina una conversación; lo necesita para entender que dicha conversación ha tenido lugar. Se despista con facilidad, confunde nombres y horas. Le ha llegado a pasar que después de una conversación no le quede más remedio que constatar que no recuerda ni una palabra de lo que se ha dicho, y entonces tiene que devolver la llamada, disculparse profusamente porque se le ha volcado una taza de café sobre los papeles, o bien, si hasta se le ha olvidado con quién hablaba y qué número le han dado, no puede sino cruzar los dedos y esperar que todo salga bien.

Ahora está en el granero. Es una nave muy grande y la ha cruzado hasta la pared del fondo, donde están apiladas las balas de paja. Eran para Turner, pero se murió repentinamente. Bueno, a Kurt le pareció repentino, aunque la yegua era vieja y su pelaje se había teñido de gris y ya nunca montaba en ella, sino que se conformaba con ponerle las riendas y pasear tirando de ella por campos y bosques. A Maggie le decía que todavía montaba, no podía soportar admitir la debilidad de la yegua. Mantenía su vejez en secreto, sobre todo para sí mismo; o, mejor dicho, se dividió en dos: el Kurt que sabía que paseaba con su yegua y la acariciaba para despedirse de ella, y el Kurt que no lo entendía o había olvidado lo que eso significaba.

Nota que aquí reina una especie de solemnidad, especialmente en invierno, cuando en el granero hace un frío más intenso y vibrante que fuera, pero también ahora mismo, en el aire tranquilo y tibio. Maggie ya puede pensar lo que quiera, pero el caso es que Kurt ha hecho algo que no creía que fuese capaz de hacer: ha aguantado. Antes de venir aquí, siempre había estado a la deriva. Apenas era un hombre, no tenía más que sus manos, que no valían para nada. Podría haberse enamorado casi de cualquiera, y lo hizo de Maggie, la última de una larga serie. Vivía de noche, haciendo amigos que soñaban, del primero al último, con dinero rápido y amor, algo a lo que entregarse, que nunca era lo que se les ofrecía. Las camas cambiaban, las ideas de la noche presentaban complicaciones a la luz del día. ¿Por dónde empezar? Volvía envuelto en una capa fina de euforia que ya empezaba a palidecer, y una vez en casa llegaba la sospecha: nadie me quiere, ¿soy un paria? Y tenía que volver a salir. Su mujer, Ulla, se había acostumbrado; no esperaba más de ningún otro hombre, y temía sustituir a Kurt por alguien que estuviera más por casa, porque le encantaban las horas que pasaba sola por la noche, y la cama grande y tranquila toda para ella. Había hecho sus cálculos y, aunque él se bebía una parte demasiado grande de sus fluctuantes ingresos, estaba mejor casada que divorciada. Además, Ulla valoraba que siempre hubiera cerveza en la nevera y, por tanto, cuando Maggie entró en escena fue en primer lugar por la perspectiva de menos o casi nada de dinero, y solo luego por una cuestión de honor y humillación ante el cuerpo más joven de la otra, que tiró su bocadillo de pan de centeno a la cabeza de Kurt. Él se quedó boquiabierto, hasta que de repente se enfadó y gritó que ella lo había convertido en lo que era.

Kurt se sienta en una caja. Se llena los pulmones de aire cálido, lo retiene, lo suelta. Es el momento más importante del día. La ronda por la granja. Es aquí donde entiende que ha vivido, que ha tenido algo entre manos. No está tan mal. Ni mucho menos. Llega a esta conclusión todos los días. Es como si tuviera que arrancarla de las llamas y cargarla como quien salva a un niño inocente, alejarla lo suficiente del fuego para poder tener sus dos minutos de paz.

Luego piensa en su cuenta bancaria y vuelve a ser el mismo tipo frenético y ansioso de siempre. La empresa ha encadenado tres años buenos seguidos, ha podido ahorrar bastante y casi le duele invertirlo. No invertirá en cualquier cosa: no quiere invertir en el pasado, sueña con algo completamente nuevo.

Fuera, en el patio, el sol aprieta y el aire es denso. Kurt se detiene, por un momento su conciencia también se detiene, se convierte en un desierto soleado; luego se reactiva con un chapoteo, se dirige a paso ligero al despacho y da unas vueltas antes de dejarse caer en el sillón. Suele estar en el despacho o por ahí; hasta que no son las tantas y está lo bastante cansado como para dormirse al instante no se obliga a entrar en la casa y acostarse.

Ayer, excepcionalmente, decidió pasar la tarde en el salón, con Maggie. Era evidente que a ella no le apetecía. Se quedó sentada muy rígida en el sofá, lanzándole miradas de reojo de vez en cuando, como haría una garza, sin mover ninguna otra parte del cuerpo. Kurt habría querido decir algo que estableciera un vínculo entre ellos en aquella habitación, pero antes de que se le ocurriera nada, Maggie ya lo había absorbido en sí misma y en su silencio.

El teléfono vibra. Kurt siente vértigo, es como si todo lo que siempre está contenido en su sitio en los archivadores de la estantería (las cuentas anuales, las listas de clientes) hubiera empezado a moverse, a escurrirse.

Cuando iba a la escuela y escribía en su cuaderno, vigilaba las palabras para asegurarse de que se quedaran donde él las ponía: de lo contrario, podían revelar más de lo que quería decir. Una vez la maestra se llevó su cuaderno a casa durante el fin de semana, y él, en la cama, no podía parar de preguntarse qué encontraría dentro. Se durmió y se despertó con la sensación de que la maestra había estado vigilando su cama toda la noche. Fue cuando empezó a temer que su cara mostrase algo a los adultos mientras él dormía.

Al final el día se le ha escapado. Ha hecho llamadas, las ha cotejado con una lista que tiene sobre el escritorio, ha tachado cosas de la lista, y aun así no sabría decir exactamente qué ha estado haciendo ni qué se supone que tiene que hacer. Se queda mirando el manzano como si el árbol pudiera decírselo. Por otro lado, sabe muy bien que tiene que ir ese mismo día a la caja de ahorros, no puede posponerlo más.

Da una vuelta. Esperaba encontrar a Lars en el taller y contarle todo lo que detesta del banco. En primer lugar, la charla insustancial entre empleados que se va desinflando y a la vez les hincha las cabezas como globos mientras caminas de la entrada a la ventanilla. Y cuando te plantas ahí, se hace tal silencio que puedes oír una mota de polvo posarse. Y luego está aquella moqueta asquerosa que le hace pensar en pan de centeno reblandecido.

Una vez que coincidieron en el mecánico, su asesor bancario se burló de los ancianos que aún guardan dinero en casa. Hago lo que me da la gana, pensó Kurt. Estaba rasgando el colchón cuando Maggie apareció de repente en el umbral de la puerta, mirándolo tan fijamente que absorbió su mirada, de modo que pudo verse a sí mismo desde sus ojos como un loco con el cuchillo en alto. Decidió que lo mejor que podía hacer era quedarse inmóvil. Entonces Maggie dio media vuelta y se fue, pero poco después, pasillo abajo, se volvió de nuevo hacia él para decirle con severidad: luego lo coses tú.

Kurt imaginó muy vívidamente que ella encontraba el dinero y lo arrojaba a la chimenea para castigarle por algo que él no entendía, pero lo que sí entiende es que siempre lo acusan de algo, así que escondió el dinero en otro sitio y volvió a coser el colchón. Durante los meses siguientes, comprobó a menudo si había señales de que Maggie hubiera intentado deshacer la costura. Le parece un gesto de frialdad por su parte, una carencia absoluta de amor, que nunca haya querido saber cuánto dinero escondía ahí.

Las cosas no han ido mal en la caja de ahorros. La verdad es que solo tenía que cobrar un cheque, y no entiende por qué siempre tiene la sensación de que está obligado a dar explicaciones. Ha construido algo desde cero, tiene beneficios, y aun así se siente inferior a la gente de barrio pijo, con sus líneas de crédito y sus expresiones serias.

Cuelga el teléfono, era Bent. Quería saber si Kurt iba a salir esa noche. Kurt aún tuvo tiempo de desear que solo quedaran ellos dos, pero ni que decir tiene que Bent iba a traerse al ruso. El ruso, o bueno, yugoslavo, pero todos lo toman por ruso, llegó a Nyborg de la nada el verano pasado. De un día para otro, estaba en todas partes, comportándose como si su presencia fuera lo más normal del mundo. Jovan, se llama, y lo que despierta en Kurt es un ansia inmediata de violencia que espera con tensión que justifique.

Todavía tiene presente un incidente del verano pasado. Unos cuantos se fueron con Jovan a casa para seguir bebiendo. Era tarde, tenían los ánimos exaltados y bulliciosos. Entonces se les acabó el alcohol, la embriaguez se desvaneció lentamente, llegó el amanecer. Estaban Ghita y Lene, Bent y su primo. Pasó mucho rato sin que nadie dijera nada, probablemente era hora de ir tirando para casa, pero todos esperaban que ninguno diera ese paso y convirtiera aquella noche compartida tan buena en un día largo y solitario. De repente, Jovan volvió de la cocina, puso un manojo de hierbas aromáticas delante de las narices de Kurt y dijo smell. Kurt sintió un escozor intenso desde la nariz hasta la frente, pegó un salto agitándose como un salvaje, como si tuviera hormigas en la cabeza. Algo se liberó en el grupo, rieron y rieron, y cada vez que las risotadas se extinguían, alguien volvía a empezar y desataba las carcajadas de los demás. Los invadió un desprecio amplio y feliz, la angustia de Kurt, su pequeña comedia, había sido justo lo poco que necesitaban, de repente no había nada que no les hiciera morir de risa. Él se sintió anonadado. Habría querido marcharse, pero sabía que sería una derrota mayor. No le quedaba más remedio que dejarse hundir por aquellas risas de las que era el despreciable desencadenante.

Y ahora resulta que tiene que aceptar beber con Jovan si quiere beber con Bent. Esos dos colaboran en algunos proyectos. Es todo lo que dicen al respecto, y a Kurt le molestan la nueva chaqueta de cuero de Bent y la sonrisa sarcástica que ha llegado con la chaqueta y los nuevos proyectos.

Bent está al lado del tocadiscos, con cara pastosa. Kurt deja de intentar concentrarse; solo le provoca náuseas. Se estira para coger la cerveza, su mano es como un enjambre de abejas aletargadas. Nota perfectamente que Lene se le acerca, y recuerda el olor a panecillos tostados que salía de la cocina la última vez que durmió en su casa, un aroma hogareño que de repente lo trastocó todo y provocó que ella lo asqueara. El taburete de cocina en el que se había sentado se le antojó ridículamente pequeño mientras intentaba tragar un bocadito del panecillo reseco. Ya se veía venir la mirada burlona que Sofie le lanzaría desde la ventana de la cocina cuando volviera a casa y cruzara el patio para ir directamente al despacho.

Sofie, su niña, que se había hecho mayor antes de tiempo. Cuando todavía no se había ido a vivir por su cuenta, la veía en la cocina con Maggie y pensaba cuándo, cuándo se va a ir, pero ahora que por fin se ha ido, ya no sabe qué es la vida. De vez en cuando abre la puerta de su antigua habitación y le viene la añoranza, como cuando se abre la puerta de una sauna: un golpe pesado que le deja sin aliento, así que cierra la puerta enseguida tras de sí.

QUÉ TAL QUEEN, grita Bent al lado de los altavoces. Lene se ríe, su cara parece una masa que ha fermentado demasiado tiempo. Una aversión difusa, o aquello que la gente llama deseo, palpita en la frente de Kurt. Con la cólera fría de un pedo en el sofá, ve que Jovan y Marie se levantan como flechas a cantar una canción que al parecer va sobre bicicletas. Se siente como si estuviese encerrado en un termo. Como si gritara desde el interior de un espacio confinado y desde el exterior solo se oyera un débil pitido. Lene, le dice, le sonrío, con su cara muy cerca de la de ella, me siento como si estuviera dentro de un termo. Ella lo mira distraídamente, vuelve a reír con aquella risa pastosa, y entonces a Kurt también le parece divertido: en el fondo su descripción es muy acertada. Y de repente se pone de buen humor.

OYE BENT BENT

SIGAMOS UN POCO

VAMOS AL PHØNIX

grita.

Es de noche, pero una noche fina, ya casi sale el sol cuando Kurt, de alguna manera (él no se va a acordar, así que observémoslo desde fuera), atraviesa la ciudad, el barrio residencial de las afueras de Nyborg donde están la granja, los buses, el cobertizo, Maggie, el vacío que le dejó Sofie cuando se fue, todo lo que es suyo.

Solo es gracias a un esfuerzo del corazón, a un conocimiento intuitivo del lugar al cual pertenece, que encuentra su cama y, con una consciencia (lenta, pesada y casi tan densa como la sangre) de que es Kurt, cae en el ruidoso sueño que despierta a Maggie.

MAGGIE SE DESPIERTA

¿Estás despierta, Maggie? Te he echado de menos, dime algo.

Creo que tu marido te ha despertado con sus ronquidos. Apesta a bar, pero ¿quizá a ti te interesa más otra cosa?

Maggie se sienta en la cama, mira a Kurt con una breve amargura, y ya estaría. No ve, pero nota que el manzano está en flor a sus espaldas y que el sol ya abrasa la tela asfáltica del techo. Hay una frase hecha que es llevar una vida regalada, se supone que es algo bueno.

Maggie no sabe lo que es la mañana ahora que sus mañanas no son esperar a que Sofie se despierte y la libere de pensar en qué hacer por su cuenta. Pone agua para el café y todo en ella la tira hacia la izquierda, en la dirección donde sigue estando la habitación de Sofie, ahora vaciada de las cosas que la propia Sofie consideró que valía la pena llevarse. Le duele pensar que la mesilla de noche que pintó con los tres colores favoritos de Sofie, azul, rojo y amarillo, y que le regaló por su decimoctavo cumpleaños, se ha quedado aquí. En realidad, no puede recriminarle nada a Sofie, aunque lo ha intentado. Se ha remontado hasta el dolor del parto para encontrar un punto que le permita dar rienda suelta a su ira, pero ahí se queda en cuanto le vuelve a venir a la mente la mesilla y entiende lo penoso que es el resultado que nació de sus esperanzas. Aun así, le duele imaginársela ahí, en la habitación silenciosa. El cajón está vacío, lo ha comprobado. Necesitaba saber si estaba vacío o todavía tenía algo dentro. Sueña con las cosas que Sofie podría haber dejado ahí. Pulseras de cuero, cartas importantes. Souvenirs, recuerdos cuyo significado no entiende nadie más que ella: un paquete de cigarrillos vacío de una noche concreta, un caramelo derretido en su envoltorio.

La tetera hierve y emite su silbido. Maggie se imagina, sin poder evitar sonreír, que es Kurt, que está ahí dentro y grita para que ella lo deje salir.

Hay una pregunta (¿ama a Kurt?) que hace tiempo que ha dejado de ser una pregunta para convertirse en una célula que se divide una y otra vez sin quebrarse. La tiene clasificada en la sección «pensamientos estúpidos». Cuando tenían problemas económicos, no podía dejar de pensar en lo que el dinero que ahora tiene podría haberle comprado siglos atrás. Otro ejemplo de pensamiento estúpido.

Se sienta con el café y hojea el periódico. Mineros en huelga en Inglaterra, al parecer Thatcher ha dicho que lo resolverá personalmente. Huelgas y manifestaciones en Polonia. Observa detenidamente la foto de un hombre que sostiene un cartel en alto, el pie de foto explica que en el cartel se puede leer «pan y libertad». La cara del hombre atrae toda su atención. Tiene una serenidad que Maggie atribuye a la satisfacción de haber sabido expresar lo que quería con las palabras «pan y libertad». Por un instante ve la cocina a través de las palabras certeras del hombre y la cocina se vuelve extraña, como si se inclinara un poco.

También hay un artículo sobre el futuro canal de televisión nacional que según el texto tendrá un enfoque más local. Si hay algo de lo que Maggie no quiere saber más, es de Fionia. Una vez Kurt le explicó que de muy joven había salido con una chica muy mona de Kerteminde, y a veces esas palabras (una chica muy mona de Kerteminde) aparecen en su mente como un letrero de neón que luego le cuesta quitarse de la cabeza.

Los novios que ella tuvo antes de Kurt son como una serie de interrogantes extraños. Interrogantes, pero ¿sobre qué?

Hubo uno al que se le cayó una ciruela que se puso a rodar por el suelo, y él la persiguió como un mono, con los brazos colgando delante del cuerpo. Luego estaba el que la miraba con unos preciosos ojos tristes sentado en un banco. Ella había estado con otro mientras él había ido de viaje a París, y se sintió obligada a rechazar el regalo que le había traído de vuelta. Tampoco quiero dártelo ya, dijo, y ahí fue cuando Maggie entendió que él se había estado tomando la relación en serio.

No, no está hecha para vivir con un hombre, en absoluto. Mientras la mañana se va saturando de sol, todo lo que hace, lo hace temiendo que Kurt se despierte, se le acerque y se inmiscuya en su camino.

Maggie vuelve a dar la vuelta a la cuchara para asegurarse de que esté limpia del todo, pero se olvida de que eso era lo que pretendía y se queda un buen rato mirando fijamente aquel objeto brillante esperando a que la saque de su ensimismamiento. Luego sacude la cabeza enérgicamente y vuelve a pasar la cuchara bajo el chorro de agua. La casa está rodeada de campos de rastrojo. Aquí y allí hay un árbol solitario en los bordes de las parcelas, pero por lo demás todo es completamente llano y está cortado a máquina. Maggie piensa en los asilos, si es que aún se llaman así, una vida desquiciada metida en una habitación cuadrada, y contempla el paisaje, delimitado en cuadrados, y enseguida es incapaz de distinguir entre dentro y fuera.

El otro día se trajo a casa sin darse cuenta, o bueno, a propósito, una revista de la peluquería. Llevaba años descuidándose el cabello, había dejado que se volviera enmarañado y seco, y cada vez temía más el momento de encontrarse con la mirada del peluquero en el espejo. Cuando por fin se sentó en el sillón de la peluquería, se descubrió de repente las cutículas estropeadas y se esforzó en esconder el máximo número posible de dedos debajo de la revista. Desapareció en la simpleza que parecía necesaria para justificar su mala higiene, dejó vagar su mirada y aceptó todo lo que el peluquero le propuso, lo mismo le daba una cosa que otra, pelo largo o corto, y ya puesta a hacerse la tonta, no le costaba nada meterse la revista en el bolso y, llegado el caso, asegurar tranquilamente que no sabía que eso no estaba permitido. En casa, se sentó furiosa a leer sobre los sombreros de la temporada y, con cada sombrero que pasaba ante sus ojos, su rabia se estrechaba un poco y se enconaba cada vez más.

En cierto modo, era más fácil cuando Sofie era pequeña y ella siempre estaba ocupada y con solo apoyar la cabeza en la almohada caía rendida. Ahora tiene tiempo de soñar tantos sueños que se está volviendo ridícula. Se imagina una habitación entera en la que solo hay sombreros, largas estanterías con sombreros de terciopelo rojo y pamelas inclinadas, pitillos largos y elegantes, y arreglos florales que se abren como las fauces de un dragón al pie de una escalinata y la cubren de una lluvia de flores rojas y naranjas. Se imagina que es una mujer completamente distinta, la mujer que podría haber sido si las cosas hubieran ido un poco diferente, y esa mujer sigue siendo muy bella, la vida todavía no la ha machacado como a ella: es una mujer, sobre todo, tranquila, se toma su tiempo para responder, saca las palabras de un pozo de agua dulce, hace bajar el cubo y va sacando palabras sencillas: bicicleta, piel de gallina, embarcadero.

Las peores fantasías son las que le muestran lo poco que habría hecho falta para que todo fuese distinto. Una noche de vacilación, un incidente repentino pero intrascendente que la hubiera llevado en otra dirección y no a terminar en los brazos de la vida que, en su percepción, comienza con Kurt.

¿Qué puede hacer? Puede remontarse muy lejos. Con mucho cuidado, para ralentizarlas, sus labios cogen la forma de las palabras que de otro modo se le escaparían demasiado deprisa y que juntas conforman su primer recuerdo: lleva trenzas, todos están en corro a su alrededor, adultos y seguro que también niños, pero en estos no se fija, lo que conserva en su memoria es el mar de caras adultas disueltas en movimiento, la impregnan de una tonalidad turbia y cálida para el resto de su vida. La verdad es que no sabe cuánto tiempo estuvieron en el refugio, no tiene a quién preguntárselo, pero su sensación es que entretuvo a aquel corro durante horas. Jugó a caballito, caballero y perro, se asustó y pegó un brinco cuando el perro mordió la pata del caballo, y luego se puso a cantar. Por supuesto, ahora se da cuenta de que la devoción que le mostraban los adultos era una devoción por la vida misma, por la niña como tal, y que debió de sentirse traicionada cuando terminó la alarma y todos dejaron de mirarla. Pero también se dio cuenta, ya entonces, de que había creado una artista, de que no todos los niños pueden hacerse querer por los adultos. Poco después la guerra terminó y este es el único recuerdo que le ha quedado. Todo

lo demás, tuvo que aprenderlo sobre la marcha, poco a poco o golpe a golpe, asimilándolo y rechazándolo de nuevo.

El cajón se atasca y la hace regresar, le ha pedido muchas veces a Kurt que lo arregle, pero a él no le interesa nada que no sea mecánico, y a Maggie ni se le ocurre intentar hacerlo ella misma. Se resigna a tener que pegar tirones al cajón todos los días, y lo aporta como prueba al litigio silencioso que mantiene contra Kurt.

Descuelga el teléfono de pared, marca los primeros dígitos y se lo repiensa, intenta dar forma preventivamente a la frase que justifique la llamada. Quería saber qué tal te va por Odense, se oye decir, y le da grima. Se siente como si la hubieran recortado de un catálogo. Como si alguien hubiera escrito sobre su amor y eso lo hubiera hecho volverse rígido y estúpido al instante.

Volviendo del supermercado ha visto un pato muerto. Estaba en el camino de grava que baja hacia la casa, y cree que al salir no lo había visto. No entiende qué hacía ahí. Por aquí cerca no hay agua, no suele haber patos. Y lo que menos entiende es por qué está muerto. Es difícil de aceptar. Se ha quedado mirando, rígida y confusa, para asegurarse de que el pecho redondeado y liso no se movía. No, la certidumbre la ha invadido mientras seguía el camino a casa en bicicleta, de espaldas al cadáver, más deprisa de lo normal.

Vuelve a descolgar el auricular de la pared, marca el número completo y espera ansiosa. Hola, soy mamá, acabo de ver un pato muerto, empieza.

Fuera en el patio, Fatih y Lars están clasificando piezas de repuesto y herramientas. Desde la ventana, Maggie los ve rodeados de trastos y paquetes. Sabe, porque Kurt se lo ha dicho, que solo contrata a gente que, como él, no solo sepa conducir un autobús, sino que también entienda lo que es un autobús; pero en qué consisten esos conocimientos que comparten los tres hombres es algo que ella ni siquiera intenta comprender. Se conforma con verlo como un revoltijo de piezas sueltas; la simple idea de tantas pequeñas piezas amenaza su cordura, y piensa que si acepta que un autobús es algo que se puede desmontar, luego le parecerá demencial que alguna vez estuviera entero y corriera por la carretera. Reprocha a Kurt la mirada que desmonta las cosas. El horno, que antes era indiscutiblemente suyo, de repente se convierte en elementos calefactores y cables que se pueden encender y apagar; no se atreve a pensar en la cafetera, qué lleva qué adónde; no: que la taza se llene es el resultado mágico de una serie de acuerdos en los que no tiene intención de entrometerse. O funciona o no funciona, y ya está. Maggie prefiere tomárselo con fatalismo, ya que, si renunciara a él ¿por dónde empezaría?

Tiene que apartarse de la ventana, sentarse en el sillón e intentar recuperar la calma. Las cosas de una en una, se recuerda, y busca, con la mirada perdida, algún objeto del salón que pueda ser esa cosa, pero todo se mezcla, apenas puede pensar en regar las plantas sin acordarse de que tiene que sacudir los cojines del sofá o guardar de una vez su abrigo gordo. Así que esto es mi vida, piensa, como una especie de titular, y considera, con aquel delicado sentido de la teatralidad que posee, que eso le permite ver un reflejo ligeramente distorsionado, payasesco, de su vida.

Permanece sentada un rato y, como movida por un impulso, vuelve a la ventana y observa a los hombres. Fatih levanta un objeto y tras intercambiar unas palabras con Lars lo deposita en el recipiente que corresponde a la conclusión que han alcanzado. Maggie lo ve y lo registra, pero no sería capaz de relatar lo que ha visto: para ella, esos dos son solo una versión más pálida de Kurt, algo que emana de él. Del mismo modo, para ellos, ella es simplemente el telón de fondo del que emerge Kurt, algo que le da una resonancia que, de lo contrario, no habría tenido.

Un pensamiento pequeño, rápido y duro, como una nuez que cae de un árbol, atraviesa a Maggie y se le posa en el regazo: una vez fue joven.

LA JUVENTUD DE MAGGIE

En la primera página de este capítulo, quiero ser feliz, dice Maggie.
Quiero estar volviendo sola a casa con una Coca-Cola.
Es algo más de medianoche, y si alguien abriera mi corazón solo leería Coca-Cola.

Maggie hace inventario de sus pertenencias. Ordena todos sus jerséis y reflexiona detenidamente sobre cada uno de ellos antes de guardarlos en el armario de nuevo.

Hay un jersey negro con mangas de murciélago que le encanta. Cuando mira la puerta cerrada del armario, sabe que lo tiene ahí dentro.

Mira las portadas de los cinco discos que tiene. Son de Brasil, se los ha dado un chico cuya madre es brasileña. No los ha escuchado porque no tiene tocadiscos. En una de las portadas aparece un tigre gigante a cuyo vientre se puede acceder por unas escaleras doradas. Apoya los discos en la pared, el del tigre delante de todos. Se imagina que, si recibe alguna visita, se fijará en sus discos, y le hace ilusión pensar que podrá decir que los trajo de Brasil.

Después no sabe qué más hacer. Se come una lata de maíz y se siente extraña en el estudio medio vacío que el ayuntamiento ha puesto a su disposición.

Cada primero de mes va a una oficina donde le entregan un sobre que contiene lo que a ella le parece una fortuna. Se le olvida del todo lo que es estar en la cola de la tienda contando con los dedos si puede permitirse el pan y la leche, y sale a comprarse jerséis y ropa interior de encaje.

Tras una noche en vela, coloca sus billetes sobre el mostrador. El próximo para Roma, por favor. Hay un breve momento de pánico cuando se le acaba el dinero al comprar un trozo de tarta en la estación de Basilea, pero se recuerda que una chica guapa puede conseguir comida y dinero si está dispuesta a hacer lo necesario.

El tren entra en la estación de Termini y Maggie siente un intenso sabor a naranja que la acompaña hasta la sala de llegadas, y en medio de la multitud le parece que la vida es muy fácil, que lo único que tiene que hacer es ponerse en marcha, salir a la calle. En los cuatro primeros hoteles, el personal es demasiado profesional, pero pronto se da cuenta de que puede seducir al portero del quinto.

Promete que pagará mañana, que su vieja nonna, dice o intenta decir en un inglés entrecortado, no ha ido a buscarla a la estación como habían acordado, su querida nonna a la que no ve desde niña, y ahora está realmente preocupada, porque la salud de la nonna ya no es la que era, y a ver si se ha caído, porque ha intentado llamarla y también ha ido a su piso, pero nadie contesta al timbre, es terrible, pero lo más probable es que la nonna, que empieza a chochear un poco, esté durmiendo y se haya olvidado de que ella llegaba hoy, en todo caso mañana tendrá el dinero, promete, consciente en todo momento de lo corta que es la falda que lleva.

Esto dura un par de días, luego tiene que irse, es casi como si no fuese ella sino una simple carcajada lo que atraviesa el vestíbulo y echa a correr en cuanto pisa la calle. Se sienta en la amplia escalinata de la puerta de una iglesia a pensar qué va a hacer ahora. Basta de hoteles, no hay que tentar a la suerte.

Pasea por el parque, se encuentra un perro y le acaricia la cabeza bañada por el sol, y el animal la sigue el resto del día. Ahora tú te quedas aquí, le dice en danés por la tarde, cuando quiere irse del parque. No, siéntate y quédate ahí. Al final lo dice demasiado enfadada y aún nota los ojos del perro flaco clavados en ella mientras se sienta a la barra de un bar y pide cacahuets y cerveza, pero lo olvida en cuanto alguien le hace señas desde la mesa vecina. Un hombre bastante guapo le ofrece una silla, ella dice grazie, ha practicado en casa. La escena es casi insufriblemente cinematográfica cuando él le pasa el brazo alrededor del hombro para llevarla a su casa por las anchas avenidas.

Los días son lo mejor. Él no está, trabaja; ella no se toma la molestia de intentar averiguar a qué se dedica. Cree haber entendido que es empleado en un ministerio y disfruta de no entender suficiente inglés ni italiano para poder llegar a saber más. Les gusta escucharse, pero no prestan ninguna atención a lo que dice el otro; el idioma les ha fallado de antemano, no hay otro remedio que la resignación absoluta.

Sí, los días le encantan. Largas mañanas tras ventanas con las persianas cerradas, pesados muebles de madera. Se lo trae todo a la cama: uvas, un vaso de agua, papel para escribir. Se ha despertado con una melodía en la cabeza y ahora quiere inventarse la letra. Pero al final no está tan bien en la cama, vuelve a empezar en la mesa del comedor o en el incómodo sillón, hasta que desiste distraídamente, sin fastidio, y decide dedicarse a examinar qué hay en armarios y cajones. Hay cubiertos en cajas bonitas. Y camisas, infinitas camisas, púrpura, lima y azul a rayas, verde ciprés. Sale al balcón con la sensación de todas esas camisas. Una mujer cargada con un montón de bolsas pequeñas llama a su hijo a gritos para que no se aleje. El niño se ha detenido ante una frutería, entusiasmado por la abundancia de fruta. Maggie apoya la mejilla en la barandilla, aún fresca de la noche, y piensa en todas las películas que ha visto. La chica del balcón, podría ser un buen título, y ahora siente una gran impaciencia por la siguiente secuencia, en la que el hombre llega a casa y la sube a la encimera.

Basta de hombres, son una basura. Amigas, se promete a sí misma, y pone un anuncio en el periódico indicando que busca una amiga por correspondencia. Empieza a escribirse con una chica de Slangerup que se llama Christina, una larga serie de cartas superficiales sobre temas que considera apropiados. Habla de guitarristas y vestidos, y aunque le interesan de verdad, se esfuerza tanto por adoptar un tono concreto que todo lo que le gusta se pierde en el papel. Pasa horas tirando a la basura innumerables borradores hasta que por fin consigue una carta que suena casi idéntica a la última que le envió Christina.

Un día va a Slangerup y no sabe cómo comportarse cuando alguien te invita a pasar un fin de semana en su casa. Se queda muy recta detrás de la silla cuando traen la bandeja con el pollo a la mesa, y ve que el padre de Christina intenta que no se le escape una sonrisa cuando le dice que puede sentarse. ¿Cómo iba a saber Maggie qué es una familia? Se siente humillada y también demasiado alta entre estas personas, que son todas bajitas, y habría salido corriendo hacia la estación si no se lo hubiera impedido la vergüenza. Vivo en Copenhague, un poco hacia las afueras, responde a la madre de Christina, y siente que, aunque ahora adopte una expresión blandengue y servil, se burlará de la amiga de Copenhague de su hija en cuanto se haya ido. Si alguien me abriera el corazón con un cuchillo, leería odio Slangerup, piensa en el tren de vuelta a casa, y la simplicidad de esta idea la reconforta.

Pasan unas semanas, y Christina escribe que la visita fue tan agradable que tienen que repetir, y Maggie no sabe si Christina miente o si realmente la gente puede ser tan distinta.

Maggie tenía catorce años cuando la violaron por primera vez. Pero violación es como lo llamo yo, no ella. Muchos años más tarde, sentada frente a una mujer del centro de atención a víctimas de violencia machista, pretendía preguntar si su memoria no le fallaba cuando recordaba que Kurt había sido violento, pero tuvo miedo y en lugar de ello preguntó si se podía considerar violación lo que le ocurrió aquella vez, a los catorce años, y la mujer del otro lado de la mesa la había escuchado y había contestado que sí, que había sido una violación. Maggie se fue de allí sintiéndose un fraude por no haber mencionado lo que era realmente insoportable para ella: que se había mojado, que se había abierto para él.

Como ya he dicho, tenía catorce años, la habían echado de casa. Se había traído a un chico a casa una noche que creía que su madre iba a llegar tarde del trabajo, se emborracharon con vino de cereza, hubo un par de besos apasionados y de repente su madre estaba en la puerta diciéndole que se largara. A la mañana siguiente la calle se le antojó enorme cuando se plantó ahí fuera con su mochila. Lo único que se le ocurría era buscarse a un hombre que aceptara acogerla en su casa, pero no sabía por dónde empezar. Iba por Vesterbrogade cuando vio el cartel. Acampe en Jutlandia, donde todo el mundo es bienvenido.

Estuvo sentada en el lavabo del tren fumando en bucle hasta que los improperios del otro lado de la puerta se volvieron serios, se bajó en Odense y esperó una hora al siguiente tren, en el cual, habiendo aprendido de la experiencia, fue cambiando de aseo en cada parada. En su destino solo había un pequeño edificio azotado por el viento. Alrededor pastaban vacas, el sol estaba alto, notó el calor del asfalto del andén contra los muslos cuando se sentó y esparció el contenido de su neceser delante de sí, cogió su espejito y empezó a maquillarse.

El camping estaba en un lugar precioso entre colinas, detrás de ellas estaba el mar. Había un montón de niños, las mujeres llevaban vestidos largos y holgados, y Maggie se puso nerviosa, se sentía expuesta y grotesca con su ropa ajustada y se habría vuelto a casa si no fuera ya demasiado tarde. Pensó en su madre y sintió una punzada en el corazón por haberla llamado bruja vieja y ridícula antes de cerrar la puerta tras de sí.

Al anochecer, todo el mundo se reunió alrededor del fuego. Maggie, que se había pasado la tarde dando vueltas sola, ahora buscaba un hombre. Empezó distraída, deambulando un poco por todas partes, y luego se decidió por un joven de pelo enmarañado y cara un poco boba pero con un cierto encanto, se sentó cerca de él y le explicó que se había quedado huérfana y que buscaba una tienda donde pasar la noche. Él compartía una tienda grande con algunos parientes, podía quedarse con ellos si quería.

Más tarde, él se quedó al lado de la hoguera cuando ella fue a acostarse; esperaba que la siguiera, pero en lugar de eso fue un tío suyo quien la siguió y se tumbó a su lado. Le puso la mano en la mejilla y ella se la apartó.

Debe de haber habido un malentendido, intentó transmitir con una sonrisa de disculpa, como si fuera la recepcionista de su propio cuerpo. Él murmuró algo que sonó pastoso, consiguió soltar la mano y volvió a ponerla sobre el cuerpo de la chica, le levantó la blusa y encontró su pecho con la boca. Ella siguió comportándose con educación y profusión de disculpas, buenos argumentos; sentía que era lo que tenía que hacer, ya que se había metido en su tienda y había dado una impresión equivocada, y argumentó que era demasiado joven y él demasiado mayor, que quedaría mal, que él también quedaría mal. Luego empezó a rebelarse, intentó levantar la cara del hombre de su vientre, dijo no y por favor, pero él le dirigió una sonrisa pastosa, le dijo algo al oído que sonó caliente y pegajoso, desagradable, y le agarró la muñeca con una mano mientras con la otra le quitaba las bragas y le metía dos dedos. Sintió que una oleada horrible la inundaba, se quedó quieta y notó cómo su cuerpo la traicionaba, se mojó, la polla entró sin

encontrar resistencia. No tiene palabras para lo que ocurrió hasta que él se corrió, se dejó caer a un lado y al poco empezó a roncar. Odio, vergüenza, miedo y lujuria se entrelazaron, tejieron en su interior un sueño que duraría toda la vida. Aprendió que la violencia y el sexo son lo mismo, y aprendió a creer que la confusión procedía de lo más profundo de sí misma, y no del mundo exterior. Se quedó ahí tendida con palpitaciones en la entrepierna y el corazón desbocado, mareada, y luego, con un pensamiento corto y duro, se cerró: estamos solos, y lo único que tenemos es la voluntad de seguir adelante.

Lo primero que tenía que hacer era salir del camping sin que nadie la viera. No se detuvo hasta llegar a la carretera; se sentó en la cuneta y se encendió un cigarrillo. Sentía que debía llorar, pero no podía. Reflexionó de manera confusa, casi abstracta, sobre dónde dormir. Era más una pregunta para obligar a su cuerpo a seguir adelante que una pregunta que esperara respuesta. Se puso en pie y levantó el pulgar. Desde el asiento del copiloto, observó Jutlandia, que se extendía hacia todos lados con una naturalidad lenta e irreal, negra como el carbón y envuelta por mar en todas direcciones.

Tenía diecinueve años cuando la violaron por segunda vez. O bueno, no sabe exactamente qué pasó. Había ido sola al bar de Andy. En la barra había un hombre con botas de vaquero que parecía el tipo de bobo al que embaucar fácilmente. Maggie le explicó una de sus historias. Quizás aquella en la que era hija de una aristócrata rusa exiliada, con una enorme fortuna que aquí le resultaba inútil, porque no había nada que hacer. Se despertó en la acera de Sølvgade, había empezado a amanecer y hacía un frío que pelaba, tardó un rato en darse cuenta de que lo que había en los adoquines era su propia sangre. En el hospital le dijeron que alguien la había golpeado, y que por las marcas que tenía en los brazos y el pecho, creían que la habían agarrado con fuerza, probablemente se había resistido. También pudieron determinar que había mantenido relaciones sexuales. Ella asintió, fingiendo atención, se sentía como si estuviese haciendo un examen. Lo que más le apetecía era salir a fumar y empezar a olvidar lo que ya había olvidado, pero era consciente de que, si pedía no saber lo que le había ocurrido, parecería raro, sospechoso. Finalmente la soltaron y se fue a casa.

La mayor parte del tiempo conseguía no pensar en ello. Aquella misma tarde estuvo en el parque con un amigo y le quitó importancia a la hinchazón que tenía en el rostro con unas risas. Sí, bueno, anoche se había emborrachado, es normal darse algún golpe. Pero lo recordaba a ráfagas. Aquel tipo podía estar en cualquier parte. No estaba segura de que fuera a reconocerlo, pero él sí que la reconocería a ella. Podría estar ahí mismo y apropiarse de un momento que ella creyese suyo.

Un par de años más tarde se había acostado con tantos hombres que no le quedaba otra que dar por sentado que se cruzaba a menudo por la calle con alguno, sin saber si la reconocía. Una cara de hombre era un agujero del que sacar dinero; cuando abría los cajoncitos de la cómoda de sus casas, siempre encontraba billetes. Entonces se le abrían las tiendas, y compraba, compraba y compraba, y también seguía robando, aunque ahora ya no le hiciese falta. Un vestido corto bien escondido debajo de la axila y oculto bajo la chaqueta, y tres vestidos sobre el mostrador de caja. Un par de zapatos también, plateados.

Coge un taxi y llena la cabina de un fuerte aroma a perfume ámbar. En el piso, un hombre a quien conoció hace unos días presume de su nueva aspiradora. La pone en marcha y dirige el tubo hacia ella, mira qué potencia, y para que quede aún más claro se pega la boquilla al brazo y se aspira un poco la piel. Maggie no sabe cómo interpretar la escena, se bebe el vino tinto, que parece caro, y es como si detrás de su mueca arrogante hubiese un cubo agujereado, como si sus caderas apenas pudieran contener el agua, la risa. Su plan es quedarse aquí al menos una semana, tiene que llenar un hueco que ha quedado entre otras opciones.

Es evidente que está a merced de todos esos hombres con sus aspiradoras y sus caras de perro baboso, pero ¿qué otra cosa iba a hacer? ¿Trabajar en una fábrica, fichar a las cinco? No podría de ninguna manera, el mercado laboral no es lugar para una persona como ella, que a veces tiene que pasarse el día entero llorando o tumbada en el césped, abrumada por la ansiedad, y que nunca nunca sería capaz de llegar puntual a una reunión ni de escuchar atentamente lo que le mandaran. No puede ser útil a ningún empresario, y, además, si tiene que ser útil, como marca la ley, le gusta imaginar que ella puede decidir cómo. Al menos ahora nadie puede despedirla. Le ha pasado tres veces: dos, de niñera; y una, de dependienta, tras apenas unos días. Hizo un esfuerzo las veces que se lo comunicaron por tensar la cara y aguantar los lloros hasta salir, momento en el que las lágrimas empezaban a fluir. La humillación de que te despidan no es lo peor: hace tiempo que renunció al honor, pero el dinero... El dinero va mucho más allá del umbral del dolor.

A la mañana siguiente, él se va a trabajar. Se conoce que es arquitecto, anoche le enseñó unos planos. Está un poco incómoda, se alegra de que se haya ido, porque resulta que gemía en la cama, sí, como un ratoncillo, y que mientras él dormía, ella se había tenido que levantar porque le daba escalofríos recordar ese sonido y, sentada en su cocina, no sintió aquella euforia que siempre sentía la primera noche en una casa desconocida.

Abajo, en el parque, han florecido los rosales, huelen intensamente. Se sienta en un banco y observa una ardilla que sube y baja por el tronco de un árbol; este animalillo de pelaje con reflejos rojizos la llena de ternura. Sí, claro, responde a una mujer que le pide un cigarrillo, y la sigue con la mirada hasta que desaparece en un portal. Y luego nada por una nostalgia sin imágenes, como si tuviera resaca.

Una noche, llama a la puerta de una amiga a la que hace mucho que no ve. Quien abre es la madre de su amiga, la invita a pasar. Están sentadas a la mesa del comedor, es una noche cálida, las ventanas están abiertas. El barrio de Nørrebro, que solo un momento antes parecía un desierto, ahora mece a Maggie con una mezcla tranquilizadora de ruidos de la calle. La madre de la amiga se fuma un cigarrillo lentamente. Tiene una expresión amable, atenta e indulgente. La alegría que siente con esta imagen de sí misma, fumando despacio, acogiendo a esta criatura extraña y salvaje en su casa, es casi palpable a su alrededor. Pero Maggie sabe que no puede quedarse mucho tiempo. Es cuestión de días que esa alegría dé paso a un enfado inexpresado pero tangible por ser madre soltera y tener que pensar en otro hijo, cocinar para más, y el sofá hecho un desastre que Maggie olvidará arreglar por las mañanas.

Al día siguiente va a los servicios sociales, se sienta delante del escritorio e interpreta hábilmente a la niña solitaria que realmente es, pero que hay que saber presentar de modo que las cruces vayan a parar a las casillas adecuadas del formulario. Lo consigue, la trabajadora social la coge del bracito y caminan juntas por la calle Åboulevarden. Le han asignado una habitación en un centro para chicas jóvenes sin hogar.

Entra a vivir al lado de Tina, que se pasa el día encerrada escuchando el mismo disco de canciones de El libro de la selva; la canción de Baloo se filtra sin descanso a través de la pared. Los padres de Tina vienen de visita de vez en cuando, se sientan con su hija en el salón y Tina hojea revistas y les enseña lo que quiere. Clips para el pelo, un monedero con forma de estrella de mar. Su voz es demasiado frágil para transmitir la rabia que lleva dentro cuando sus padres se niegan a cumplir sus deseos; se quiebra, se convierte en aire. Maggie siente por Tina una compasión que, cuando le llena todo el cuerpo, se convierte en repugnancia.

Al otro lado está la habitación de Lone. Maggie tiene tan poca costumbre de estar con otras chicas, que siente un cosquilleo de bienestar en la frente cuando pasa todo un día en compañía de Lone. Cada una lee su libro, se turnan para poner agua a hervir para el café. ¿Sabías que Elsa Morante ha codirigido varias películas de Pasolini?, pregunta Lone, y Maggie responde que no, o que sí, que lo había oído, pero se le había olvidado, y le sabe mal y lamenta no haberse ceñido a su no, ahora parece todavía más estúpida. Lo olvida cuando Lone se sienta a horcajadas encima de ella y la besa, primero en la boca y luego en el vientre. Imagínate si Tina nos viera, ríe Lone, y Maggie no tiene tiempo de reírse antes de que Lone le separe los labios de la vagina, y entonces siente como si un camino cálido y ancho se abriera.

Pero luego no puede hacerle lo mismo a Lone, mete la cara entre sus piernas, pero los labios de su boca se contraen como cuando piensa en gominolas ácidas, y después de eso a ella y Lone ya no les resulta tan fácil pasar el rato juntas.

Desde su balcón, Maggie ve toda la estación, los trenes que llegan a los andenes, la gente que se agolpa y se dispersa, cargando con niños y bolsas y diferentes ideas que, desde su elevada posición, se esfuman.

Llegó ayer; dejó la mayoría de sus cosas en la habitación, fue a la estación central y cogió el primer tren que salía del país. Un tren con destino a Gotemburgo. No puede ser hija de nadie, ni siquiera del ayuntamiento; como no le da la gana justificar ante nadie lo que hace, mejor vivir sin que nadie pregunte.

Sabe que es un arte hacerse amar por los adultos de los servicios sociales. Tienes que ponerte el disfraz de llorica, ser agradecido y renunciar a ser tú misma, pero sin pasarte, hay que seguir dándoles pena, que quieran ayudarte a mejorar. Ella no está agradecida por nada de nada, se niega a estar en deuda con nadie; así se siente hasta que vuelve arrastrándose y se humilla por un salario ínfimo. Pero todo eso ahora es solo una preocupación lejana; tiene dinero para varios días, y luego ya se le ocurrirá algo.

Como siempre, hizo el equipaje en nada, solo metió en la bolsa las cosas más indispensables, empezando por su colección de zapatos. Lo primero que hizo al entrar en su habitación de hotel fue organizarlos. Al caer la noche estaba tumbada en la cama, observándolos; los plateados se iluminaban en la habitación azulada.

Más tarde se sentó en el balcón, sintiendo una calma extraordinaria; los sonidos que subían de la plaza nadaban tranquilamente en su interior sin exigirle nada.

No se dio cuenta de que había un hombre en el balcón de al lado hasta que oyó que se aclaraba la garganta. El hombre le tendió un paquete de cigarrillos por encima de la barandilla, ella le dio las gracias y cogió uno.

Antes de volver a meterse en su habitación y apagar las luces, el hombre dio un pequeño discurso: llevaba ocho años viviendo en ese hotel, le recomendaba encarecidamente el restaurante, estaba divorciado y vino aquí pensando en quedarse una temporadita, pero el tiempo había ido pasando sin que encontrara motivos para irse a ninguna otra parte.

A la mañana siguiente, salía apresuradamente del bufé con un maletín en cada mano justo cuando Maggie entraba. Se volvió para seguirlo con la mirada hasta que su espalda bajita y ancha desapareció por la puerta giratoria. Tenía algo de personaje de cuento, como si hubiese surgido ya adulto de la tierra y hubiese empezado directamente con sus negocios, entrando y saliendo de vestíbulos cargado con su pila de documentos incomprensibles.

En la plaza, una joven pareja se dirige a la estación con un cochecito. Se detienen continuamente para besarse. Maggie les da la espalda, entra en el baño y se sienta desnuda en la bañera. No abre el grifo, lo que quiere sentir es la porcelana fría.

Se imagina escribiendo canciones sobre su vida. Quiere cantarlas como Nico canta las suyas. Tiene la cabeza seca por los cigarrillos, se ha traído una almohada para apoyar la nuca y, sin darse cuenta de que cruza la línea, se hunde en sueños.

SCANDINAVIAN STAR

Me despierto de un sueño.

En el sueño trabajaba en el restaurante de un crucero de lujo. Había dicho que mi especialidad eran las gambas, pero mientras recorría las mesas elegantes antes de que llegaran los invitados, sabía que había mentido. Luego había un intermedio confuso. Puertas giratorias que se abrían y cerraban, una serie de llamadas telefónicas urgentes en diferentes salas, hasta que aterrizaba en helicóptero en un campo azotado por el viento. Allí, un hombre de rostro anodino me ponía al corriente de la magnitud del desastre. Me dirigía a la tripulación para delegar tareas, pero sin saber qué decía. La imagen se alejaba y me veía al pie del helicóptero. Gesticulaba, presa de los nervios. Entre los motores y el viento, no se oía nada de lo que decía. Así se terminaba el sueño: una intensa sensación de viento.

Me enteré tarde del incendio del Scandinavian Star. Tenía dos años cuando ocurrió, y debía de tener unos veinte cuando leí un artículo sobre un hombre que había perdido a su familia en el incendio y que llevaba años investigando las circunstancias. Creía que la policía había faltado a su deber al no investigar el móvil económico.

En lugar de ello, la policía noruega había identificado a un camionero, fallecido en el incendio, como sospechoso principal. Les parecía obvio que un hombre con problemas mentales que ya había sido condenado por pirómano hubiese reincidido. Pero la policía no tenía pruebas y el caso se archivó.

El artículo incluía una fotografía del autoproclamado investigador rodeado de toda la documentación sobre el caso que había reunido a lo largo de los años. En mi recuerdo, los papeles llenaban toda la habitación. Era como si con aquellas montañas de papel en eterno crecimiento permitiera a los muertos materializarse y ocupar el lugar que habían dejado.

Bastantes años más tarde, apareció un inspector naval jubilado que dijo que lo que él había constatado al examinar el navío inmediatamente después del incendio era totalmente incompatible con lo que se había convertido en la versión oficial.

El 7 de abril de 1990 se declararon al menos cuatro incendios en el Scandinavian Star.

Primero uno que descubrieron y extinguieron un grupo de pasajeros. Poco después se declaró otro que se propagó rápidamente y mató a ciento cincuenta y nueve personas, el llamado incendio principal. Después de que se evacuara a los demás pasajeros, y cuando las labores de extinción ya llevaban un buen rato en marcha, se declararon al menos dos incendios más.

La explicación oficial de la policía noruega fue que los dos últimos incendios eran focos del principal que se habían reavivado. Esta versión era la que ahora ponía en entredicho el inspector naval, como habían hecho hasta entonces los bomberos. Durante su investigación, había encontrado indicios claros de que los incendios que se habían declarado después del principal también habían sido provocados.

Esta afirmación era crucial por dos motivos. Por un lado, el camionero había muerto durante el incendio principal, así que no podía haber provocado los posteriores. Por el otro, cuando se desencadenaron estos incendios, todos los pasajeros supervivientes habían sido evacuados. Solo quedaba en el barco, aparte de los equipos de emergencias, un pequeño grupo de miembros de la tripulación que se había quedado para ayudar en las labores de extinción. Por tanto, los incendios que arrancaron entonces tuvieron que haber sido provocados por alguno de los miembros de la tripulación.

El inspector naval transmitía sensación de sobriedad y rigor. La razón por la que no había hablado hasta entonces, explicó, era que había ocupado un alto cargo en la Autoridad Marítima y, por tanto, había estado «atado de pies y manos».

En su momento había declarado ante el tribunal limitándose a responder a lo que se le preguntaba, es decir, sobre los dos primeros incendios, y no mencionó sus observaciones relativas al tercero y al cuarto. Según su versión, había presentado sus observaciones a la Policía justo después de la inspección y posteriormente en una reunión, pero por lo demás se limitó a responder a lo que se le preguntaba.

No rompió su silencio hasta ya jubilado, veintiséis años más tarde, dos años después de que la policía noruega retirara definitivamente los cargos contra el camionero.

Este inspector me confundía. Parecía considerarse un hombre íntegro y cumplidor, y tal vez esa imagen que tenía de sí mismo y que hacía que ahora se prestase a hablar era lo que le había permitido guardar silencio durante veintiséis años.

Hay un silencio, un miedo a ser estúpido que se instala donde empieza la economía.

No sé exactamente qué palabra debería usar. ¿Qué diferencia hay entre una empresa, una compañía y una sociedad? ¿Hay diferencias, o son palabras que quieren decir lo mismo?

Aun después de haber leído sobre las empresas que participaban en la explotación del Scandinavian Star, todo es muy abstracto. No sé si hay oficinas, trabajadores que corren por los pasillos, una maraña de cables, un fax grande y caliente que escupe la información que no para de llegar. No sé si hay algo que sea real en todo esto. No sé si hay una dirección de verdad en algún lugar detrás de todas esas sociedades pantalla.

Sé que la empresa que asumió oficialmente la propiedad del Scandinavian Star no estaba registrada en ninguna parte, tampoco en la dirección que declaró ante el tribunal después del incendio. De hecho, esta empresa no era la propietaria del buque.

Como he dicho, muy abstracto todo.

Sin embargo, debo utilizar esas palabras que nunca entenderé realmente.

A mediados de los ochenta, Ole B. Hansen y Henrik Johansen empezaron a dirigir una compañía naviera. Navegaban la Ruta Vognmand, una conexión por ferri en el estrecho de Øresund. Ole B. Hansen era el director y Henrik Johansen, que había hecho fortuna con la especulación inmobiliaria, era el principal inversor y propietario de la empresa. Su empresa, el grupo VR, era la titular de la Ruta Vognmand. Como en todos los negocios de Henrik Johansen, es difícil entender la estructura de la propiedad. El grupo VR se dividía en varias empresas más pequeñas cuya característica común era que pertenecían a distintos miembros de la familia de Henrik Johansen.

La Ruta Vognmand consiguió ofrecer billetes a un precio significativamente más bajo que su competidor, DSB. Y lo consiguió mediante los métodos habituales: peores condiciones salariales y laborales para los empleados, menor respeto por los requisitos de seguridad. Varios sindicatos prohibieron a sus afiliados trabajar en la ruta. A lo largo de los años, los medios de comunicación han publicado historias sobre la creatividad de la empresa a la hora de aplicar los requisitos de seguridad y la legislación laboral.

Quizá por aquel entonces Ole B. Hansen y Henrik Johansen ya tuvieran contactos con inversores de Florida; en todo caso, de vez en cuando sus trabajadores recibían cheques emitidos en Miami.

El 1 de marzo de 1990, Henrik Johansen vendió la Ruta Vognmand a un fondo de inversión danés por 369 millones de coronas.

En los meses anteriores a la venta de la Ruta Vognmand, el grupo VR de Henrik Johansen había mantenido negociaciones de compra con una sociedad estadounidense llamada SeaEscape, con sede en Florida, aunque registrada en las Bahamas. Estas negociaciones giraban en torno al Scandinavian Star. Originalmente, SeaEscape había sido fundada por el danés Niels-Erik Lund, que también fue director general de la sociedad durante un tiempo. En 1990 ya no lo era, pero actuaba como asesor externo en la compraventa de barcos de la empresa. Niels-Erik Lund fue quien negoció la venta del Scandinavian Star entre SeaEscape y el grupo VR.

En enero de 1990 se cerró el primer acuerdo de venta, que estipulaba que el grupo VR pagaría 21,7 millones de dólares por el buque, cuya entrega tendría lugar a finales de marzo, y que abonaría un depósito de 2,5 millones de dólares antes del 16 de febrero. Transcurrido este plazo, Henrik Johansen no había abonado el depósito acordado, así que se prorrogó una semana. Pero, de nuevo, el depósito no se pagó. A finales de marzo, cuando debería haberse abonado el importe total de la compra, SeaEscape aún no había recibido dinero alguno por el buque.

Aun así, accedió a transferir la propiedad a Henrik Johansen y al grupo VR. En un acuerdo relativo a la entrega firmado el 30 de marzo, SeaEscape estipuló que seguiría siendo el propietario registrado del buque, ya que aún no se había efectuado el pago, y que en caso de que el buque sufriera daños, el dinero del seguro se abonaría a SeaEscape. Este acuerdo también estableció un nuevo plazo de pago: el dinero debería abonarse a más tardar el 6 de abril; de lo contrario, el Scandinavian Star sería devuelto a SeaEscape. El 1 de abril, el Scandinavian Star hizo la ruta entre Frederikshavn y Oslo por primera vez. Seis días más tarde, el 6 de abril, Henrik Johansen volvió a incumplir el contrato y no pagó. Se le concedió una nueva prórroga de tres días.

Mientras Henrik Johansen se ocupaba de las negociaciones de compra, Ole B. Hansen viajó a Florida en calidad de director de la sociedad e inspeccionó el buque. También fue él quien acordó con SeaEscape que se ofreciera a algunos de los actuales tripulantes la oportunidad de conservar su puesto de trabajo. Heinz Steinhauser, jefe de máquinas, fue el encargado de elaborar una lista de tripulantes que, en su opinión, debían seguir trabajando en el buque.

A mediados de marzo, antes de haber sido transferido formalmente al grupo VR, el Scandinavian Star zarpó rumbo a Cuxhaven, Alemania, donde iba a ser remodelado para funcionar como ferri en la ruta entre Dinamarca y Noruega. Según varios empleados que embarcaron en Cuxhaven, el buque estaba mucho de estar en condiciones para el tipo de navegación al que iban a destinarlo. Muchos camarotes habían estado demasiado tiempo en desuso y requerían importantes reformas. Era imposible que el barco estuviera listo en el plazo fijado por Ole B. Hansen y Henrik Johansen.

El 30 de marzo, el mismo día en que SeaEscape acordaba transferir la propiedad del Scandinavian Star al grupo VR conforme a las condiciones estipuladas, SeaEscape compró el buque a la naviera sueca Stena Line. La historia no aclara cómo es posible que SeaEscape hubiera firmado varios contratos de venta de un buque que aún no poseía formalmente. De 1984 al 30 de marzo de 1990, Stena Line había arrendado el buque a SeaEscape mediante un contrato que establecía que podía adquirirlo por un importe al que se le deduciría lo que hubiese pagado de alquiler a lo largo de los años. SeaEscape compró el buque a Stena Line por 10,3 millones de dólares, y como a este precio había que descontarle el alquiler, solo tuvo que pagar la mitad. Ese mismo día, SeaEscape formalizó la venta al grupo VR, pero el precio exigido ascendía a más del doble de lo que había pedido Stena Line: el grupo VR tenía que pagar 21,7 millones de dólares por el Scandinavian Star.

Este es uno de los elementos que provocan desconcierto entre los familiares de las víctimas del incendio y otras personas que se han interesado por las consecuencias del siniestro. ¿Es posible que Stena Line se equivocara con el valor de mercado del buque hasta el punto de pedir menos de la mitad del precio al que SeaEscape pudo revenderlo ese mismo día? ¿O Henrik Johansen sabía perfectamente que había acordado adquirir un barco con un sobreprecio descomunal? ¿Se debían el impago del grupo VR y la indulgencia de SeaEscape al hecho de que ambas partes sabían que el acuerdo no iba a materializarse nunca?

En cualquier caso, este nuevo precio de compraventa tan elevado permitió asegurar el buque por un importe mucho más alto del que habría sido posible de otro modo. Se contrató un seguro provisional de veinticuatro millones de dólares por el casco. Este seguro estaría en vigor hasta el 7 de abril de 1990.

De todo lo anterior se desprende que cuando el buque se incendió, la noche del 7 de abril de 1990, no era propiedad de la sociedad K/S Scandinavian Star, como afirmó Henrik Johansen ante el tribunal, sino que en el registro de buques de Bahamas figuraba como propietaria SeaEscape, con Niels-Erik Lund como managing owner. Y, por tanto, el dinero del seguro, que en caso de siniestro total ascendía a veinticuatro millones de dólares, se abonó a SeaEscape. No podemos saber con precisión cuánto se pagó, ya que, según declaraciones de la compañía aseguradora, la documentación correspondiente ha sido destruida.

El 1 de abril de 1990, unos días antes de que el Scandinavian Star ardiera, Niels-Erik Lund, antiguo director de SeaEscape, quien, como se ha indicado, había mediado en la venta del Scandinavian Star, fundó una nueva empresa: ISP. Esta empresa, ISP, compró los restos del Scandinavian Star y posteriormente explotó el buque restaurado.

En los años siguientes al incendio provocado, el grupo VR e ISP participaron en una serie de acuerdos con varios buques más. El director técnico de ISP era Heinz Steinhauser, antiguo ingeniero jefe del Scandinavian Star. Fue el comportamiento de este Heinz Steinhauser durante la extinción del incendio, entre otras cosas, lo que hizo que el jefe de los bomberos tuviera la impresión de que miembros clave de la tripulación intentaban obstruir su trabajo y el de su equipo.

En 1991, se inició un procedimiento concursal contra SeaEscape en Estados Unidos. En el juicio, algunos accionistas de la empresa mencionaron dos compraventas de barcos más en las que había participado Henrik Johansen justo después del incendio del Scandinavian Star, y describieron una estructura que permitía a Johansen comprar los buques y ser su titular sobre el papel para poder disfrutar de ventajas fiscales en Dinamarca, mientras que en realidad quien seguía operando las rutas y controlaba las embarcaciones era SeaEscape.

Estos testimonios no se hicieron públicos hasta 1997, cuando un periodista noruego y otro danés publicaron una serie de artículos destinados a revelar quién era el auténtico propietario del Scandinavian Star. También fue entonces cuando salió a la luz que Henrik Johansen había faltado a la verdad al afirmar ante el tribunal que su empresa K/S Scandinavian Star era la propietaria del barco cuando se produjo el incendio que provocó víctimas mortales.

Leer sobre este tipo de cosas hace que me dé vueltas la cabeza. Me mareo al leer sobre sociedades con propietarios que se solapan, se compran y venden los unos a los otros. Dinero que cambia de manos sin cambiar de manos.

Ya en primaria, cuando el maestro de matemáticas retiraba los dos cuencos de canicas de su mesa y sustituía el ir y venir de canicas entre cuencos por números en la pizarra, sentía que se me sobrecalentaba la cabeza. ¿Qué significa cuatro, si no cuatro de algo? No es lo mismo sumar dos a algo si al principio no tienes nada concreto, solo una cifra. Intenté explicarle al maestro lo que no entendía; me hizo señas para que me acercara a su mesa y volvió a sacar los cuencos. ¿Qué pasa si añado dos canicas a un cuenco en el que ya había cuatro?, preguntó. Pues que habrá seis, calculé yo. Luego repitió el cálculo en la pizarra y me miró como si todo hubiera quedado claro. Ves, es lo mismo. Pero para mí no era lo mismo, sentí que me acaloraba, un dolor en el pecho. ¿Lo entiendes ahora? Mentí, dije que lo entendía. Pero no pude contener las lágrimas. Lloré delante de toda la clase.

Cuando leo sobre transacciones de millones de dólares que se diseminan y crecen, que desaparecen y crecen, me da vueltas la cabeza.

Pero lo intento igualmente. Quiero intentarlo.

Porque entiendo que es una de las estrategias del hombre de negocios. Su triunfo consiste en operar en un lenguaje que incita al silencio. Su triunfo consiste en hacerme creer que no puedo entenderlo.

A lo largo de toda la década de los ochenta, los cruceros de SeaEscape sufrieron un notable número de incendios. El Scandinavian Star, el Scandinavian Sea, el Scandinavian Sun, todos fueron presa de unas llamas que se iniciaron y desarrollaron de forma muy similar a las del Scandinavian Star del 7 de abril de 1990, aunque hasta entonces no hubo que lamentar la pérdida de vidas humanas.

En el incendio del 7 de abril de 1990 murieron ciento cincuenta y nueve personas. Veintiocho niños. El más pequeño solo tenía unos meses.

Pienso en mi hijo, al que tengo que ir a buscar a la guardería dentro de poco, y me echo a llorar. Son unas lágrimas extrañas. Rabia, tristeza y amor a la vez.

Si se prendió fuego al Scandinavian Star para que SeaEscape cobrara el seguro, probablemente no tuvieran la intención de que muriera nadie. Fue un error. Los pasajeros deberían haber sido evacuados antes de que el barco quedara arrasado por las llamas.

Pero elaborar un plan de evacuación no es gratis, y organizar simulacros de incendio cuesta tiempo: horas de trabajo, salarios. No se hizo.

El Tribunal Marítimo y Comercial condenó a Henrik Johansen, Ole B. Hansen y al capitán del Scandinavian Star, Hugo Larsen, a seis meses de prisión cada uno por incumplir la legislación vigente en materia de seguridad naval.

Ole B. Hansen no cumplió su condena. Se exilió a España, personificando la impunidad de la que solo goza su clase social.

Ciento cincuenta y nueve personas murieron. Es muy posible que murieran porque otras personas querían sacar un beneficio económico.

Es imposible consolarse pensando que es algo que ocurre con muy poca frecuencia.

De hecho, si hay algo que es inusual en este caso, es que no suele haber víctimas del capitalismo en Escandinavia (si no tenemos en cuenta a plantas, hongos, peces, insectos; que no suelen considerarse víctimas).

En Oslo se erigió un monumento en memoria de las víctimas del incendio del Scandinavian Star, pero en ningún lugar de Escandinavia se ha erigido ninguno para recordar a los trabajadores del sector textil víctimas de los derrumbes de fábricas en Bangladés y Camboya. Y eso que las empresas que daban trabajo a esas fábricas hasta que se derrumbaron eran escandinavas.

Pero sin embargo, aunque en esta versión del mundo no hay nada distribuido igualitariamente, aunque Occidente ha externalizado en gran medida el dolor, incluso dentro de las fronteras de Dinamarca hay personas que pagan con su vida para que el sistema siga funcionando: las clases bajas viven menos años. Aquí también.

No. La muerte no es ningún error, forma parte del pacto.

Si todo un pueblo padece cáncer después de trabajar con pesticidas en una plantación de plátanos de propiedad estadounidense, puede que la enfermedad y la muerte no fueran el objetivo, pero sí eran un sacrificio que la empresa estaba dispuesta a aceptar desde el principio.

La muerte no es ningún error. Un asesinato es un asesinato aunque lo que buscara el asesino fuera el dinero y no la vida de la otra persona.

Si fuera cierto, y creo que lo es, que el incendio del Scandinavian Star se provocó para obtener beneficios económicos, esas ciento cincuenta y nueve personas murieron no solo por el cinismo de un puñado de hombres que decidieron correr ese riesgo, sino por una idea.

Es posible que alguien o algo tenga que morir para que otros ganen. Esa es la idea.

Para sumar, hay que restar de otro sitio.

El capitalismo es una masacre.

Pero estamos vivos y podemos acabar con él.

En cuanto a Kurt y Maggie, resulta que los beneficios de Kurt acaban invertidos en la serie de acontecimientos que preceden al incendio del barco.

Kurt invierte en la Ruta Vognmand, y lo pierde todo en poco tiempo por culpa de unos hombres que entienden mucho mejor que él qué se necesita para convertir el dinero en más dinero.

En cuanto a Maggie, si en su interior se propaga alguna llama, es solo un presentimiento. Muere en el hospital de Odense solo seis meses antes de que se declare el incendio a bordo del barco.

UN MAMOTRETO BLANCO Y RELUCIENTE

Cuando Maggie se baja del autobús, está lloviendo. Solo consigue fumarse un tercio del cigarrillo antes de que se le empape y se apague. Podría meterse en alguna parte, esperar a que pasaran el chubasco y las horas, posponer la revisión hasta otro día. Pero entonces hace lo que tiene que hacer, caminar encorvada y furiosa contra la lluvia, hacia el hospital.

Hacía mucho tiempo que no se despertaba con un dolor que no hubiera sentido antes. Era como si un hilo de hielo ardiente le tirara de un ojo hacia dentro. Se había incorporado en la cama de un respingo, pataleando como si fuera víctima de una invasión que pudiera ser expulsada con la misma violencia. Esto duró lo que le parecieron unos minutos, luego volvió a estar en su cabeza tranquila de siempre, apenas capaz de comprender su ausencia. En una especie de estupor, con una ligera neblina que se interponía entre ella y sus costumbres, entró de puntillas en la cocina y colocó cuidadosamente los filtros y el café molido en la cafetera, procurando no hacer ruido. Fuera lo que fuese aquella extraña rabia que se había manifestado en ella, tenía que moverse sigilosa para no despertarla de nuevo. Al principio se sorprendía cada vez que se presentaba aquel dolor, luego se fue acostumbrando poco a poco. Aprendió a tumbarse y a no mover ni un dedo, a pensar en el vaivén regular de las olas, a nadar de brazada en brazada cada vez más lejos, a través del dolor, hasta que de un momento a otro se desvanecía.

Al cabo de unos meses, empezó a sentir un hormigueo en el brazo izquierdo. Primero, de forma intermitente; luego se volvió constante. Podía seguir usando el brazo; solo tenía que concentrarse en lo que el brazo tenía que hacer, centrar la atención en el estropajo, por ejemplo, y no dejar de tenerlo en mente hasta que la mano hubiera llegado a él y lo tuviese agarrado. Un día, de repente, había perdido la sensibilidad en el dedo gordo del pie. Se lo apretó y apretó con el dedo de la mano, y al final fue a por un cuchillo para hacerse un corte, pero siguió sin notar nada. Entonces abrió por primera vez las compuertas de la pregunta que había tenido cerradas hasta entonces y la ansiedad lo inundó todo. Se pasó un par de días merodeando alrededor del teléfono y enfadándose con él, pensando que era el teléfono lo que iba a matarla, y finalmente llamó a su médico, habló con la recepcionista y le dijo que tenía hongos en el pie, que hacía años que tenía, que era horrible. Estuvo a punto de irse varias veces de la sala de espera cuando, unos días más tarde, se sentó en la silla casi en ascuas; clavaba los pies en el suelo para levantarse, pero finalmente no lo hacía. Después de examinar los hongos (bastaría con un poco de pomada que Maggie no iba a poder reunir fuerzas para ponerse de todos modos), la doctora le preguntó por su salud en general. Bien, dijo Maggie, todo bien, y luego mencionó que no tenía sensibilidad en el dedo gordo del pie, y el resto de las cosas.

Se ha planteado contárselo a Kurt. Lo ha tenido en la punta de la lengua mientras estaban sentados frente a frente comiendo en silencio. Esta mañana, mientras se dirigía por el camino de tierra a la parada del autobús para ir al hospital, se ha parado varias veces, imaginándose que daba media vuelta y se lanzaba a sus brazos, que existía un abrazo que podía llevarlos de vuelta a otra época, no sabe cuál, tal vez incluso crear una nueva. Cada vez que descartaba la idea, retomaba la marcha, para volver a detenerse al cabo de poco. En el bus, no ha podido contener las lágrimas, kilómetro a kilómetro se iba distanciando del hombre del que ya hacía tiempo que se había distanciado, solo que ahora que quien le preguntaba cómo había sido su vida tal vez era la muerte, creía comprender que había deseado a Kurt todo el tiempo.

Ya está harta del peinado del joven médico (desaliñado y arrogante, no hay otra forma de decirlo) antes de que haya tenido tiempo ni de estrecharle la mano y presentarse con la extraña jovialidad de la juventud y contarle un poco lo que le espera hoy. Recorren juntos el pasillo y él abre la puerta de la sala en la que se dirimirá su destino. Hay un mamotreto blanco y reluciente, la máquina que fotografiará su cerebro. Tiene un agujero pequeño en el centro; ahí es donde la meterán y ella tendrá que permanecer inmóvil durante toda la prueba, que durará algo menos de una hora. La máquina cruje y gime al arrancar. Lo que ya es demasiado es que haya dos jóvenes sentados frente a una pantalla de ordenador mirando el interior de su cabeza abierta mientras ella yace dentro del agujero de la máquina, asustada, sin moverse. Cuando la prueba acaba y le han asignado una cama, llama a Sofie. No sabe por dónde empezar, divaga, jaquecas desde hace un tiempo, luego esta prueba, hasta que Sofie la interrumpe y exige saber si es grave. Creo que sí, responde ella.

Unos días más tarde está en la consulta del médico. El médico levanta la vista de sus papeles, se recoge el cabello detrás de la oreja, inspira ruidosamente por la nariz y exhala ruidosamente por la boca. Bueno, empieza; es su deber explicarle los resultados del estudio y darle una imagen realista de lo que ocurrirá a partir de ahora. Maggie, que ya ha entendido que lo que va a ocurrir a partir de ahora no va a ser bueno, guarda silencio. Apenas escucha mientras el médico empieza a explicarle qué es un tumor y por qué la posición en la que se encuentra hace que no sea sensato operarlo, que las perspectivas no son buenas. Hace ademán de sacar unas imágenes de la carpeta que tiene sobre la mesa, Maggie se levanta, lo interrumpe con un gracias y se va. No quiere saber nada más, es el único privilegio que le queda, y él no va a quitárselo; no necesita saber lo que él sabe. Quiere que su cabeza quede cerrada al menos para sí misma.

Las perspectivas, le dice a Sofie más tarde, porque quiere decirle algo gracioso a su hija: es gracioso que digan las perspectivas en lugar de la perspectiva. Quiero decir, ¿hay alguien que prefiera tener varias perspectivas malas que una?

No encuentra el coraje para llamar a Kurt. Sería más fácil contarle a un absoluto desconocido que va a morir que decírselo a él. Tal vez también intuye que le será casi imposible sobrevivir a su muerte; quizá ni siquiera pueda soportar la idea. Le toca a Sofie informar a su padre. Lo llama día sí día también y le pregunta, sin permiso de su madre, si va a venir pronto, y él le contesta que sí, hoy más tarde si puede, o mañana seguro. Pero no viene. No consigue arrastrarse hasta el hospital, no es capaz.

Es realmente incapaz. A veces, cuando no se puede soportar algo, lo único que se puede hacer es no hacer nada. En los meses que dura el ingreso de Maggie, Kurt se despierta todos los días de un respingo y se pone en marcha al instante. No puede estar en casa, tiene que salir. Varios días seguidos se le olvida comer. De repente, en una gasolinera, piensa en comida y su estómago vacío grita, señala casi todo lo que hay en el expositor y se lo lleva a un banco, donde apenas mordisquea un poco el perrito caliente antes de que el pan seco se le haga bola en la boca, siente como si se ahogara. Vomita el pan en un cubo de basura y tira en el mismo sitio el resto de su compra.

En la granja evita estarse quieto, mantiene el cuerpo en movimiento, entra en el granero, da una vuelta por el patio, se mete en la vieja cuadra y recorre los establos llenos de trastos de todo tipo, cosas que en algún momento ha pensado que un día podrían ser útiles, ahora le parecen ridículas. Sale rápidamente, baja al campo abandonado por el que se paseaba Turner, pero ahí tampoco puede estar.

Ya no lo aguanta más. Se mete en el coche y recorre la corta distancia hasta Nyborg. Se odia a sí mismo mientras sube los peldaños de la escalera de aspecto miserable, y se odia cuando Lene abre la puerta y lo mira como si su simple presencia fuese una afrenta. Kurt se echa a llorar, parece demasiado grande para el pequeño rellano, Lene se ve obligada a renunciar a todas las promesas que se había hecho y estrecharlo en un abrazo que primero es reservado, hasta que, medio a regañadientes, se ablanda y se vuelve franco. La vida vuelve a filtrarse lentamente en su interior cuando se tumba bajo una manta en el sofá de Lene. Empieza por los pies y se extiende, cálida, por todo el cuerpo; le entra sueño.

Han pasado más de doce horas cuando se despierta. Al principio no puede discernir qué oye; luego se despabila y distingue las voces de Bent y Lene. Bent acerca una silla al sofá, y es agradable que ambos sean igual de tímidos; Bent mira al suelo y solo le pregunta cosas sencillas: si quiere un cigarrillo, si quiere un paño frío en la frente. Kurt responde que no a esto último, aunque está sudando de mala manera.

Lene y Bent se turnan para atender sus necesidades. Van al supermercado a por tarta y patatas fritas, que tiran sobre la mesita del café sin prestar atención, no para expresar indiferencia, sino para indicar que pueden ir a por más si hace falta, que saben que la vida es una mierda, pero que al menos pueden ir al supermercado a por lo que necesitan.

Pasan las horas, se dejan la televisión encendida, hablan por encima de ella o de repente algo les llama la atención y se quedan absortos. Nadie le exige a Kurt que haga o diga nada, cosa que agradece, pero hacia el anochecer empieza a tener mala conciencia. No es él quien va a morir. No es él quien está en el hospital con tubos saliéndole de los brazos, o lo que sea que le contó Sofie. Regresa a la granja e inmediatamente la agitación lo invade de nuevo. Se pasa toda la noche en los establos viejos. Necesitan una limpieza.

Lo peor es que no recuerda la cara de Maggie. Debe de haberse acostumbrado demasiado a ella y ahora no puede recomponerla mentalmente. Lo intenta. La nariz debe ser algo así, los labios... No, no consigue que encaje, el rostro desaparece. Una mañana, en la pausa del café, le habla a Fatih de la noche en que Maggie y él se conocieron, solo para darse cuenta, mientras se lo cuenta, de que es un relato sin sentido, unas cuantas palabras familiares que desde entonces se han vuelto brutales porque han perdido su vínculo con ella. Monta en cólera y se va del granero, dejando a sus empleados con los autobuses, que cada vez arrancan menos a menudo, porque ahora solo coge el teléfono cuando le apetece.

Kurt tiene un solo recuerdo bien grabado, y lo atesora, siempre temeroso de gastarlo si lo usa demasiado. Es de una noche poco después de conocerse, estaban en una fiesta. Maggie insistió

en que se quedara donde estaba: quería intentar estar sola en la pista de baile sabiendo que él estaba en otro lugar entre la multitud. La vio subir los peldaños y se quedó solo. Se sintió como si estuvieran atados por un hilo, o bueno, cómo explicarlo... Fue como si de repente hubiera desarrollado un sentido nuevo y único, y fuese ella.

Maggie ya no puede levantarse sola. Para evitar escaras, hay que darle vuelta y vuelta con frecuencia; la hace sentir como si formara parte de una receta. Ayer, cuando necesitó ayuda para salir de la cama e ir al baño, la enfermera la dejó caer al suelo sin querer. Después de haber conseguido sentarla con mucha dificultad, se disculpó, y Maggie respondió que son cosas que pasan. Más tarde, cuando tuvo que explicarle a Sofie de dónde salían los morados que tenía, y se dio cuenta de que su hija se esforzaba por no llorar porque su madre se había caído, se dio cuenta de que se había sentido como un pedazo de carne inútil cuando aquella desconocida, a la que probablemente no se le podía recriminar haber cometido un fallo una vez de cada mil, se había disculpado otra vez antes de cerrar la puerta tras de sí.

A veces Maggie piensa que más vale que la muerte venga y le pase ya todo lo que tenga que pasarle, pero ahora que está con Sofie, ruega a quienquiera que sea que le conceda el máximo tiempo posible. Levanta despacio el brazo del colchón y lo alarga hacia su hija, que le acerca el vaso de zumo, ¿es eso lo que quiere? Pero Maggie no quiere zumo ahora. Quiere decirle a Sofie que va a echarla de menos. Sofie le coge la mano y se la aprieta, aparta la mirada y la dirige hacia las imágenes del televisor, colgado bajo el techo. Yo también te voy a echar de menos, le responde.

Sin poder poner nombre a su dolor, Maggie también echa de menos a Kurt. Pero bueno, él ahora tampoco podría devolverle lo que ella soñó una vez de él. Su lenguaje desaparece en la morfina y los dolores, Maggie se mueve por un mundo de pensamientos que desconozco y, después de estar allí unos días, muere.

PALABRAS DURAS

El verano ya está muy avanzado. Multitud de moscas y abejas revolotean alrededor de las ciruelas caídas en el campo. La tormenta de hace unas semanas destruyó un nido de golondrinas. Kurt estuvo enfurruñado varios días; había esperado aquellas crías con mucha ilusión y no podía aceptar que algo así pudiera ocurrir.

Maggie se sirve otra taza de café. Le molesta que Sofie no le diga qué quiere comer el día de su cumpleaños. No sé, sorpréndeme, ha sido su respuesta, y Maggie se ha alterado. Un par de años atrás, Maggie había llamado a casa emocionada desde una cabina para saber si Sofie había visto el precioso vestido que había en el escaparate de La Vita. Sofie lo había visto y también le había parecido precioso, así que Maggie entró en la tienda y se lo compró. Es para mi hija, le dijo al dependiente, que la trataba con una cortesía desinteresada. A mi hija le encanta el amarillo. Sintióse exactamente como un pepinillo flotando en su tarro, siguió caminando por la ciudad, bolsa en mano, hasta la parada del autobús. En casa resultó que el vestido que se esperaba Sofie no era ese para nada, sino otro vestido amarillo. Este no pega en absoluto con mi figura, dijo, con lágrimas en los ojos, pareceré un saco de patatas. Maggie intentó respirar, tranquila, para no echarse a llorar también.

Es un mal recuerdo, lo ahuyenta riñéndose (se le ha vuelto a olvidar regar las plantas) y se marcha. Su único parterre está completamente reseco. Cuando se le ocurrió que durante la ola de calor convendría regarlo más, ya era demasiado tarde. No recuerda los nombres de lo que plantó en su momento. Cada primavera sale algo, y ella se pone contenta.

Poda un par de flores marchitas por el calor. Tiene que ponerse en cuclillas. No se atreve a inclinarse hacia delante por si Kurt anda por ahí. Durante mucho tiempo, los primeros años que vivieron juntos, él siempre venía corriendo si ella se agachaba, le ponía la entrepierna contra el culo y emitía un ruido extraño. No le gustó nunca, desde el principio, pero no dijo nada más que lo que una dice poniéndose tiesa y guardando silencio. Primero tenía miedo de que a él le supiera mal, luego tenía simplemente miedo, y con el tiempo, el miedo se convirtió en una rutina intermitente.

Kurt y Maggie se conocieron en un bar. Maggie había decidido que quería ser cantante. Las clases de guitarra habían sido agotadoras, la verdad era que aprender a tocar un instrumento requería demasiada disciplina para ella, había algo fundamentalmente vertiginoso en tener que colocar los dedos de un modo concreto y no poder improvisar sobre la marcha. Por esa misma razón la despidieron tan rápido de la tienda: los cálculos no se pueden improvisar, y quien no lo entiende no tiene ninguna posibilidad. Cómo va a saber cuánto da cincuenta menos treinta y tres y medio, es muy confuso.

Pero en el caso de la guitarra, superó la vergüenza y se tomó el tiempo necesario, una y otra vez, sin entender realmente lo que se suponía que tenía que hacer. Que el profesor se pensara que era tonta si quería, ella se había prometido que no iba a rendirse. Y ahora pensaba que había aprendido lo suficiente, y cantar, a diferencia de aquel trasto engorroso, le resultaba tan fácil como meterse corriendo en el mar. Había convencido al dueño del local para que la dejara tocar unas cuantas noches, y fue después de una de esas actuaciones cuando Kurt se le acercó, le puso su cálida mano en el hombro y le dio las gracias por la canción. Maggie lo supo al instante. No se puede explicar. En el hermoso rostro de Kurt vio el de su futuro hijo.

Kurt había quedado con otra gente y no la invitó a acompañarlos, pero le hizo saber con una larga mirada que le habría gustado hacerlo. Ella se mezcló entre los rezagados del grupo, charlando con un tipo aburrido que afirmó en varias ocasiones que ya pillaba lo que pasaba, pero Maggie tenía que saber que su amigo estaba bien casado y no podía vivir sin su mujer, aunque por las noches creyera que sí. Maggie soltó algunas palabras burlonas sobre el matrimonio: no muchas, porque estaba borracha y también completamente absorta en tratar de oír qué decía él delante de ellos.

Había estado enamorada una sola vez hasta entonces, pero en aquella ocasión tenía dieciséis años. No había creído que pudiera volver a ocurrirle, o tal vez mientras tanto se le había olvidado que el amor existía.

Encontraron un bar en Christianshavn, cerca de la casa de Kurt. Ella fue ocupando posiciones cada vez más cerca de él; era su misión, ya que él parecía querer, en todo caso, no ser quien tomara la iniciativa. A cambio, la invitaba a cervezas, una tras otra; ambos iban torcidos cuando en un momento dado Kurt se levantó para demostrarle que realmente había estado en Argentina cuando trabajaba de marinero y sabía bailar tango. Mientras bailaba, volcó una mesa y los echaron.

Había silencio, el aire era suave. En la calle era distinto, no podían seguir con el baile del bar, ahí fuera reinaba la seriedad de la mañana. Se sentaron un rato, mirando al infinito. ¿Qué opinas sobre el movimiento okupa?, preguntó Kurt, y Maggie, al no poder adivinar qué pensaba él, respondió que no lo sabía. Y sin poder aguantar más, se le subió encima.

A la mañana siguiente estaba dolorida por el sexo en el banco, tenía magulladuras en las rodillas, y decidió que él se pondría en contacto con ella antes de que les diera tiempo a cicatrizar. Así tenía que ser.

Pasaron unos días y llegó la primera carta. Una postal en un sobre:

Eres maravillosa. ¿Podemos volver a vernos? Kurt

Al día siguiente, antes de que Maggie hubiera contestado a la primera, llegó la segunda carta:

Tienes que saber que tengo mujer y un hijo. Pero ya lo sabías. Kurt

Para Maggie, esposa e hijo eran algo abstracto, un pequeño inconveniente que había que superar. La misma tarde, para disgusto de Kurt, se le ocurrió sentarse en el banco de delante de su ventana. Si se subía de pie al asiento, podía ver el interior del salón, pero se había prometido no hacer eso. Por fin, después de la cena, se encendió la luz del pasillo y lo vio bajar las

escaleras. Caminaron por lados opuestos de la carretera, con la respiración entrecortada, hasta que alcanzaron una distancia suficiente y pudieron lanzarse el uno a los brazos del otro.

Un día, sentados en el muelle, él dijo que en realidad era probable que se hubiera equivocado desde el principio con su mujer. Ulla era tan distinta a Maggie, terca y fría, no pegaba nada con él. Pero entonces su rostro se cerró con un dolor impenetrable para Maggie, que no sabía nada del matrimonio o ni siquiera de relaciones duraderas. No puedo permitirme dejarla, gimió él, y el odio de Maggie hacia la tal Ulla se inflamó. Pero Maggie expresó comprensión y escuchó con paciencia aquel discurso que ni entendía ni respetaba, y normalmente eso le servía para que Kurt volviera a abrirle su hermoso rostro.

Eres salvaje, totalmente salvaje, repetía él. Si hubiera habido un lugar, un pequeño recoveco en el interior de Maggie que entendiera que la estaba convirtiendo en un mito y que nunca podría estar a la altura, ella no le habría prestado atención por nada del mundo.

¿Qué es el amor? Maggie me mira con una cara que parece una súplica vacía. Como si solo quedara la forma de la súplica, un contorno infernal.

No lo sé, querida Maggie. Cuéntamelo y lo escribiré.

Hacía poco que era mío. Yo había soñado con viajar lejos juntos, pero él quería que nos quedáramos en el país, así que elegí la isla de Møn. Paseamos junto al acantilado; desde algunos ángulos, se veía blanquísimo a la luz del sol. Me adelanté por los estrechos senderos. Luego fuimos en coche a la ciudad. Me compró un vestido; es lila y todavía lo tengo. Encontramos una fonda donde comimos panceta asada. Recuerdo que me miró enamorado cuando me serví salsa sobre las patatas. No me di cuenta de cuánta salsa me ponía; nos reímos los dos. Me parecía que cuando estaba más guapo era al volante, con un cigarrillo en la comisura de los labios. Le daba un aspecto muy americano, me sentía afortunada y joven. Es una de esas personas en quien puedes leer fácilmente cualquier emoción. A veces su rostro se cerraba por completo, pero luego, a la mínima, porque veía una camada de patitos o una dependienta le hacía un comentario amable, se le transformaba al momento. Esto me hacía amarlo. Una de esas noches se sentó en el tocón de un árbol. Parecía torturado y pensé que se arrepentía. Pero luego volvió y quiso dárme todo.

Recuerdo una noche en particular. Estábamos en una fiesta, había dos pisos conectados por una amplia escalera. Me separé de Kurt unos minutos. Me costó un montón apartarme de él, pero quería saber qué se sentía. Mi cuerpo se estremeció mientras estaba sola en la pista de baile. Estábamos atrapados en un torbellino, unidos el uno al otro por una fuerza insana.

Puede que a los seis meses, sin que yo me hubiera dado cuenta, la situación ya fuera distinta. Habíamos ido a Samsø, él tenía una tía que vivía allí. Un día me entraron ganas de saltar una valla electrificada y cruzar el prado vallado. Era un terreno grande, llevaba un buen trecho cuando de repente apareció un ciervo detrás de mí. Corrí tanto como pude, tenía miedo, sí, pero estaba feliz, me sentí como si corriera entre risas. No miré atrás hasta que estuve de nuevo al otro lado de la valla. Mientras recuperaba el aliento, llegó Kurt. Es difícil de explicar. Fue como si solo con ver a Kurt algo me separara de lo que acababa de ocurrir. El vacío. Nada que contar. Me preguntó qué había pasado y no tuve más remedio que encogerme de hombros.

No llevábamos más que unas semanas juntos. Siempre se despertaba muy temprano y con ganas de sexo. Una mañana a mí no me apetecía, quería dormir un poco más. Primero no pensé que se hubiera enfadado en serio: creí que me tomaba el pelo y busqué esa parte de él. Tenía que haber amor en algún lugar detrás de aquel rostro furioso, pero no lo encontré. Me lanzó cojines a la cabeza. Me incorporé en la cama, confundida y completamente desnuda. Cuando volví a casa esa tarde, había comprado flores y champán. Me rogó que no dejara de amarlo, algo que ni me había planteado. Tampoco habría podido. Yo no entendía nada. Me pareció que exageraba un poco el papel de hombre enamorado, pero su intensidad también me resultó conmovedora, grandiosa.

Fue como si se me resbalara. Sentí la misma confusión una noche que, en un arrebato de ira, me empujó de la cama, furioso porque me había ido de una fiesta antes de lo que él habría querido. Yo deseaba que fuera una especie de juego. Volví a subirme y me empujó de nuevo. Cuando caí al suelo por segunda vez, me sentí como una tortuga boca arriba. Me subí a la cama, torpe y humillada. Al día siguiente, me tocó a mí consolarle y disculparme. Intenté traducirlo: tenía miedo de perderme, por eso estaba furioso, me quería demasiado. Y yo algo debía de haber hecho mal si el hombre cuya felicidad dependía de mí era infeliz.

La primera vez que me escupió habíamos estado intercambiando recuerdos de nuestra época escolar. Me había hablado de sus malos recuerdos y yo le conté uno de los míos. Me había acostado con un hombre algo mayor y al día siguiente se presentó en la puerta del instituto para invitarme a salir. Esto puso en marcha una campaña contra mí: me llamaron puta y dijeron que merecía un castigo. Lo peor fue que alguien paró a mi madre por la calle, se plantó delante de

ella y le preguntó si sabía a qué se dedicaba su hija. Al oírlo, Kurt se quedó callado. Me di cuenta de que se envolvía en un sentimiento que no era bueno. Discrepamos sobre algo, se puso de pie, me escupió a la cara y me llamó puta fea. Cuando se fue, quedó un silencio muy abierto. Luego volvió y me preguntó si quería acostarme con él un rato. En la cama, estuve tensa y asqueada; me sentía como si fuera a vomitar, pero noté cómo lo desesperaba mi rechazo y cedí; follamos, me dolió porque no podía relajarme. Nunca me había sentido realmente como una puta, en el sentido en el que la gente usa esa palabra, hasta ese momento. Si tengo que dar un consejo a las chicas jóvenes, sería este: no os acostéis nunca con un hombre que os llame así, no si lo amáis. Es algo que te destruye.

Yo amaba a Kurt. Lo amaba incondicionalmente. Creía que era la única persona que podía entenderme de verdad. A veces me mostraba una ternura que nunca nadie me había mostrado. Era una devoción total, como si yo viviera dentro de él, como si mis palabras movieran sus células. Redescubrí mi propia vida en sus movimientos, pero se había transformado. Él se la apropió, y cuando me la devolvió, también era soportable para mí. Además, Kurt me despertaba una ternura casi infinita. Habría hecho cualquier cosa por él. Soportar cualquier cosa, consolarlo.

La segunda vez que me escupió volvía de una entrevista de trabajo que le había ido mal. Quise abrazarle y me escupió. La tercera vez fue porque yo había dicho con demasiado aplomo que teníamos que tomar la siguiente salida. Se paró en la cuneta, me escupió, y me volvió a escupir cuando me eché a llorar. No pude evitarlo. Me empujaba con fuerza contra la pared o me sujetaba debajo de él en la cama sin que pudiera moverme, rompía mis cosas, amenazaba con prenderle fuego al piso. Una mañana blandió un cuchillo de cocina ante mí, todavía no sé si era para amenazarme con suicidarse o con matarme. Montaba en cólera no solo si no me apetecía follar con él, sino también si no me apetecía el mismo tipo de sexo que a él. Me llamaba vieja y fea, rompió conmigo porque yo no quería sexo anal, me dijo que se moría de ganas de follar con alguien menos aburrido. Yo podía elegir entre una humillación u otra: su rabia, si no me dejaba, o dejarme. Se me había olvidado que existía una tercera opción. Lo amaba. No quería abandonarlo. A veces éramos tan felices... Era como estar en una tormenta de risas y coraje. No podía poner fin a eso.

Pero algo dentro de mí empezó a dudar. Algo que parecía ir trabajando en su propio cuarto cerrado. No podía compararse a mi enamoramiento, ni mucho menos. Si alguna vez salía a la superficie, Kurt se daba cuenta antes que yo. Ya no me quieres. Si no me quieres, quedaré destrozado. Me moriré. Así que yo lo tranquilizaba, lo consolaba. Tenía miedo, pero un miedo que se parecía a aquella sensación sorda y difusa de haber olvidado algo. Además, no solo tenía miedo, también me sentía maternal y fuerte. Y halagada, me daba la impresión de que su vida dependía totalmente de mí, que podía perdonarlo o condenarlo. Elegí el perdón, porque me otorgaba un sentimiento de superioridad que aliviaba inmediatamente los daños provocados por las humillaciones.

Y poco a poco apareció otra cosa. Algo rígido e irreversible que transformó a Kurt ante mis ojos. Una noche, estábamos en una fiesta y se encontró mal; cuando volví de la pista de baile me lo encontré solo, sentado a la mesa. Salimos juntos, vi que le sabía mal. Le dije que podíamos hacer lo que quisiera, irnos a casa o quedarnos, dar un paseo nocturno, estar los dos solos. Me miró directamente a los ojos y contestó que, si él pudiese hacer lo que quisiera, me follaría por detrás. No sé por qué fue justamente entonces, pero fue la primera vez que me percaté de algo nuevo. Me aparté de él, quería irme a casa enseguida. Pero todavía lo vi más claro a la mañana siguiente: cuando vi su rostro torturado, sentí que ya no me importaba. Que sufriese si quería.

Supongo que me esperaba que las cosas cambiarían cuando estuviera embarazada, que el

embarazo me protegería. Quedé estupefacta cuando volvió a ocurrir en una de las primeras semanas del embarazo. Me llamó puta y me escupió, me arrancó el plato de entre los dedos y lo vació encima de mí. Debía de ser algo con arroz, porque recuerdo haberme quedado plantada en silencio, sintiendo un odio incandescente y quitándome granitos del jersey, uno a uno. Era diferente que me humillara entonces, estando embarazada. Me dio la sensación de que no había límites. Pensé en el bebé que crecía en mi interior, y la pesadilla se volvió infinita. Me fui y vino corriendo tras de mí, me tendió la mano con aquella expresión que yo tan bien conocía: súplica y amenaza a la vez. A propuesta suya, fuimos al cine, caminamos en silencio. Durante la película sufrí unos dolores terribles. Creía que perdería al bebé, y también lo deseé, me pareció una venganza apropiada. Estaba en el lavabo del cine, sintiendo una victoria maligna mezclada con olas de dolor en el abdomen, pero de repente me asusté. Te quiero, te quiero, te quiero, prometí, y me puse una mano sobre el vientre, como para retener al bebé en su interior.

Me fui a Berlín. Subí al tren sin otro plan que sobrevivir a la angustia de mi vida. Conseguí alquilar una habitación barata para unos meses. Kurt amenazó por teléfono con suicidarse, le colgué. No sabía cómo me las arreglaría para recorrer los diez metros que separaban la cabina telefónica del portal. Me senté y ni siquiera pude llorar; al parecer me quedé dormida. Una mujer que necesitaba usar el teléfono me tendió una mano y me ayudó a levantarme. Du bist schwanger, das is gut, ja? Rehuí su mirada. Me pasé días enteros en mi habitación sin hacer otra cosa que mirar cómo el viento movía la copa del árbol de delante de la ventana. Era una habitación polvorienta, de techo alto, queapestaba a pis del retrete compartido que había justo al lado. Un día fui al zoo, y una marta me lanzó bufidos desde una jaula demasiado pequeña para ella. Sentí que el bebé intentaba comunicarse a través del animal. Es difícil admitirlo ahora que sé que el bebé era Sofie, o lo que iba a convertirse en ella, pero hice todo lo posible para provocarme un aborto. Bebí mucho y fumé como un carretero. Subía y bajaba corriendo por las escaleras, y no paraba cuando notaba punzadas de dolor en el vientre. Había conseguido el número de un par de médicos, varias veces fui hasta la cabina telefónica con la nota en la mano, dejé sonar el teléfono unas cuantas veces antes de colgar de golpe. Me lamenté y deseé con todas mis fuerzas tener el bebé. Me retorcí en la cama, suplicándole que me perdonara. Lo siento, tesoro, lo siento, lo siento, lo siento.

Pero bueno, volví de Berlín. Por primera vez en mucho tiempo, tenía miedo de estar sola. Necesitaba a Kurt. Haber dejado de estar enamorada de él pero necesitarlo para sobrevivir me aterrorizaba. Lo que me había protegido hasta ahora había sido creer que en realidad no necesitaba a ningún hombre, que tenía mejores opciones por mi cuenta. Que podría subirme a un tren en cualquier momento para, al poco, verlo todo como una flor lejana y extraña, un misterio entre tantos otros. Ahora me lanzaba de cabeza a discusiones con una desesperación que nunca había sentido antes. Ya no quedaba ni rastro de la autocomplacencia y el masoquismo del silencio, del perdón. No había límites ni final, ambos estábamos aterrorizados y nos alejábamos cada vez más el uno al otro.

Entonces decidimos mudarnos. Kurt ya no soportaba la ciudad y yo también quería irme, me daba igual adónde. Un día llegué a casa y me lo encontré extrañamente satisfecho. Su rostro, que llevaba muerto mucho tiempo, estaba completamente desencajado de felicidad. Su primo de Nyborg vendía la granja de su difunto tío. Podíamos ir enseguida, tomárnoslo como una escapadita. Recuerdo claramente la primera vez que vi la granja. Sentí un peso cada vez más fuerte en el vientre mientras pasaba por todas las pequeñas habitaciones de la casa. Luego su primo nos enseñó el granero. Abrió la puerta corredera y nos miró como si hubiéramos comprado un billete para una experiencia única. Ahí dentro reinaba un silencio particular. Metal, hierba

seca y compactada.

Esto nunca se lo he contado a nadie. En una ocasión fui a Odense, a una reunión de un grupo de mujeres. Hacía tiempo que había un anuncio colgado en la panadería. Todo el mundo era bienvenido, no había que apuntarse de antemano. Había tenido que apartar la mirada de la nota muchas veces. La simple idea de una sala con solo mujeres, me decía, ya era agotadora. Pero un día cogí el autobús y me fui a Odense. Durante el trayecto me sentí totalmente abrumada. Llevaba en mí una plegaria tan grande y confusa que no tenía otra que convertirla en rabia. Seguro que serían unas engreídas que me odiarían. Entré a trompicones en la sala, que no era muy grande o al menos eso me pareció, a pesar de que casi tuve que arrastrarme para llegar a una silla. Cuando llegó mi turno de presentarme y explicar por qué había ido, dije que había ido por mi relación, y luego no fui capaz de decir nada más, me lo guardé todo. Amaba a Kurt, no podía traicionarlo. Pedí disculpas y abandoné la reunión a pesar de las protestas.

Con la suficiente distancia todo parece sencillo, pero si te acercas, si tu corazón está implicado, resulta imposible reconocer lo que tienes delante. Puedes decir que era amor, pero eso no es una respuesta; más bien al contrario, es otra pregunta, todavía más imposible. Los ataques de rabia de Kurt se terminaron. De repente, habían pasado años desde el último. Pero mi ansiedad y mi ira no desaparecieron con sus ataques. Seguía sintiéndome humillada. Era como si, a medida que la causa de mis sentimientos se perdía en el pasado, todo se hiciera más difícil de soportar. Eran restos embarazosos, yo estaba llena de ellos. Estaba atrapada, veía mi vida desde una vida que ya no valía.

Pero me quedé, de todos modos, y me imaginé que había muchas razones buenas y prácticas para quedarme, que así podía ahorrarle algo a Sofie. Sin embargo, creo que lo que me impidió irme fue el amor. El amor: aunque no sepa qué es y se alabe tanto. Cuando pienso en abandonar a Kurt, lo que siento es un dolor que casi chorrea leche.

Deberías haberle visto bailar cuando nos conocimos. Era muy muy guapo. No sé si baila todavía; no sé si se baila en Nyborg. No conozco a toda esa gente, Bent y compañía. Antes venían de vez en cuando, pero yo los echaba. Fui demasiado brutal; le dije a Kurt, que tenía los ojos asustados y muy abiertos: tu vida es ridícula, ya lo sabes.

Tiene algo de vulnerable. Si por algo lo amo de verdad es por eso. La gente siempre piensa que los quieres por otra cosa. El otro día, sin venir a cuento, me prometió una casa en España; no entiendo qué le hizo pensar que yo quería una. No, es su vulnerabilidad, su devoción, que se puede herir tan fácilmente porque la da sin reservas. Si no, piensa en el nido de golondrinas. A estas alturas hemos tenido muchos nidos con crías, pero aun así se enfada o se entristece cada vez que alguna no sobrevive. Eso me encanta. Tampoco soporta ver que muera una planta en una maceta. Es lo contrario de mí, que desatiendo las cosas, me olvido de lo que me rodea. La verdad, nunca hubiera pensado que se pudieran sentir celos de una planta en una maceta, pero a veces me ha pasado.

No tengo fuerzas para contar mucho más. Ha sido muy agotador. No creo que sirva de nada. Mientras hablaba no paraba de surgir una mueca concreta, una sonrisa. Aquel día yo le había soltado unas cuantas palabras duras a Kurt. Él estaba de resaca, totalmente expuesto y agotado. Creo que yo era consciente de que iba a asestarle un golpe fuerte. Muy impropio de él, no contestó con nada hiriente. Me miró con una cara que de repente parecía la de un niño y esbozó una sonrisa breve y retorcida.

Maggie se despierta en el sofá. Son casi las tres. Dobla la esquina de una página de la novela negra. Seguramente del libro es de donde ha salido la pregunta que la asusta: ¿quién ha sido?

La noche es plana detrás de las ventanas. Está sola en el estúpido cuadrado luminoso que es un salón.

EN EL CAFÉ BLOMSTEN

Fue antes de que se mudaran, después de que ella volviera de Berlín. Se bajó en la estación de Friheden sin motivo, siguió un camino hasta una colina y se sentó en la cima para observar el agua. No vio al zorro, a pocos metros de distancia en el sendero, hasta que estaba a punto de marcharse y bajó la mirada. Estaba muy quieto, mirándola. ¿Quieres comerme? ¿No tienes miedo de mí? Qué bonito eres, pero no te comas a mi bebé, por favor. Eso fue el principio. Debía de ser Sofie, que atraía a los animales. Allí donde Maggie se sentara, acudía también una garza, o los senderos del parque se llenaban de repente de ranas, y ella no se atrevía a ir hacia ningún lado por miedo a pisarlas. Y luego estaba lo de aquella vez que paseaba por el bosque. Había salido furiosa después de discutir con Kurt, no había parado de pedalear hasta llegar a Kongelunden. Le dijo a la criatura en su vientre que iban a coger flores, pero sintió que el bebé sabía mejor que ella que estaba intentando pedalear más rápido que el horror. Se sentó en el tocón de un árbol. Una ardilla pasó como una flecha junto a sus pies. Qué te pasa, tuvo tiempo de pensar, y entonces hubo un revoloteo salvaje a su alrededor. Un montón de pájaros salieron volando de las copas de los árboles al mismo tiempo; las ramas en las que habían estado posados recuperaron altura, provocando una lluvia de hojas. Se levantó y vio la oveja. No muy lejos detrás de ella había una oveja muerta. Se apresuró a alejarse, pero luego regresó lentamente. No sabía lo suficiente sobre ovejas como para saber si era joven o vieja. La oveja, que había vivido, estaba muerta.

Maggie se ha perdido totalmente en sus recuerdos. Es casi como si tuviera que cerciorarse de que es la madre de Sofie y que, como tal, tiene derecho a entrar en la ciudad. Ya está casi en la otra punta de Odense cuando se da cuenta de que se ha pasado su parada. Mierda, dice en voz alta, y se da todavía más prisa en bajar por miedo a que se le escape todo.

Bajando por Nørregade, sueña con una ciudad de verdad. Shanghái, Nueva York, Bangkok, París, Teherán, El Cairo, Sao Paulo. En todas las ciudades con las que sueña hay palomas en las plazas, pan esponjoso o tortitas, gambas, un olor a gasolina agradable que la marea un poco, metros abarrotados de gente.

Se deja llevar por la imaginación. Debe de haber gaviotas sobre el agua. Si compartes el paisaje sonoro de la imaginación, lo que se oye son los chillidos de las gaviotas, cadenas metálicas que se tensan y se aflojan, conversaciones susurrantes entre los clientes de la terraza del café del puerto. Es primavera, el primer sol, el viento todavía lleva algo de frío. Sofie está sentada frente a Maggie y se ríe como si conociera la vida que Maggie ha soñado. Conoce el sol americano, el sol chino, conoce el desayuno sencillo pero delicioso en el plato, la pequeña terrina de plástico con algo dulce y exótico para untar en el pan. Todo esto le ha venido de su madre, y ni siquiera lo sabe, porque no sabe que podría haber habido otra madre que, para salvar a su hija de sí misma, ha desaparecido en sueños, ha dejado que todo siguiera su curso.

El Café Blomsten está en una callejuela lateral. Han colocado una hilera de sillas de mimbre en la acera. Es una cafetería de verdad, no un bar de nombre rimbombante como Maggie había supuesto. El rótulo de la fachada está pintado a mano. Fondo rojo y el nombre en grandes letras doradas. Seguramente no pusieron la O tan separada de la L a propósito. Está ahí plantada con la boca abierta mirando el cartel, hasta que se da cuenta de que debe parecer extraña y se apresura a hacer algo más normal, abrir su bolso y hurgar en busca de su cartera.

Dentro, se queda en mitad de la sala, un poco incómoda, antes de tomar bruscamente la decisión de actuar: se estrecha tanto como puede para pasar entre una hilera de mesas muy juntas hasta tomar asiento frente al gran ventanal que da a la calle.

La decoración del Café Blomsten es recargada, cortinas de terciopelo verde descolorido, y en la pared del fondo, un gran espejo con un opulento marco con tallas florales. Maggie tiene la sensación de que todo eso representa algo que ella no reconoce, que todo tiene otra cara y lleva un mensaje inaccesible para ella. Quiere extraer de la cafetería los sueños que su hija ha soñado en ella y apropiárselos, pero no lo consigue.

Para que la cabeza no le empiece a rodar, se pone a leer el menú. Todos los platos tienen nombre francés. Quiche Lorraine. Croque Madame. No los conoce, pero sí sabe qué ingredientes llevan. Al principio le parece bonito, abstracto, como ver tu propia ciudad en un mapa, pero luego se da cuenta de que para pedir tiene que pronunciar los nombres. Quizá tenga que pedírselo a Sofie, que sabe francés.

En otro tiempo era Sofie la que, con una mirada concreta, señalaba cualquier cosa y exigía a su madre que le diera la palabra correspondiente. Es un destornillador, una flor, una nevera, es el cielo, una silla: es una silla, cariño, una silla.

En muchos sentidos, Sofie vive lo que Maggie había soñado para sí. Estudiaría, llegado el momento tendría su propio sueldo, y no necesitaría marido. Pero debería haberse dado cuenta de que ese sueño no podría hacerse realidad sin que Sofie se convirtiera en algo demasiado distinto a su madre. Ahora no puede evitar temer que Sofie aprenda en la universidad algo cuya maldad ella solo sospecha, que abra un libro y encuentre a su madre ahí desnuda.

Durante su último año en casa, Sofie sintió un amor taciturno que la llevaba a buscar a Maggie en la cocina por las mañanas. Se sentaba en el banco, fumaban y tomaban café, hablaban o guardaban silencio hasta que una de ellas se iba en bicicleta a la panadería a por el pan. Eso las separaba hasta la mañana siguiente, cuando Sofie, huraña y sin haber dormido bien, volvía a sentarse en el banco y dejaba que su madre se ganara el perdón. Pero ahora aquella expresión hosca se ha convertido en otra. Sofie le dirige una mirada escrutadora y condescendiente que la hace encogerse.

Eres más lista que yo, no vas a tener que aguantar tantos porreos, le dijo Maggie hace poco a Sofie por teléfono, y Sofie se rio y le preguntó de dónde había sacado aquella expresión. Maggie tuvo que colgar e ir a por un diccionario para averiguar qué significaba realmente porreo.

La frase se la decía su madre, pero después de hablar con Sofie, le entraron las dudas. ¿Y si no eran porreos, sino correos? ¿Arreos? Finalmente se rio, aunque en realidad estaba dolida. Tanto porque la expresión de su madre se había disuelto, y seguro que no volvería nunca más, como porque Sofie había preferido meterse con ella a escuchar lo que intentaba decirle.

Maggie no distingue los rostros de los transeúntes que pasan por delante del ventanal, son solo una corriente dispersa de abrigo que ondean ligeramente y propósitos desconocidos, pero de repente alguien le llama la atención. Es una mujer con un abrigo burdeos, y hay algo en el abrigo en sí, y luego en la sonrisa arrogante y eufórica de la mujer, que hace que Maggie piense que se ha acostado con Kurt. Al instante le viene a la mente la sensación de deslizarse encima de la polla de Kurt y se estremece de lujuria. Se pone recta en la silla, aprieta la pelvis y se contorsiona para sofocar el recuerdo.

Sobre todo cuando está en Nyborg, pero incluso a tanta distancia como en Odense, se pregunta qué sabe y qué no sabe la gente de ella. No tiene amigos, nadie a quien contarle nada salvo Sofie, así que lo que la gente sepa, tiene que haberlo contado Kurt.

No tiene ninguna duda de que es la comidilla de todo el mundo. Es un estereotipo que ella, la mujer más joven, se instale en la granja a envejecer y volverse ridícula como aquella primera esposa que Maggie no podía imaginarse que hubiera podido despertar jamás el interés de Kurt. Seguro que nadie sabe que fue la propia Ulla quien le pidió a Kurt que se buscara a otra; ella no podía acostarse con él ni una vez más. Le pidió que se buscara a otra y sintió un alivio muy limitado, como cuando, después de muchos retortijones, solo sale un pedo corto y silencioso.

La puerta del Café Blomsten se vuelve a abrir. Esta vez Maggie sabe, sin tener que darse la vuelta, que es su hija. Algo cambia en el aire, un olor, un ritmo muy particular.

Hola, mamá, ¿qué hay de nuevo? Bah, responde Maggie. Las flores. El proyecto de seto que dejé correr. La podadora no iba bien. La podadora, repite, haciendo una mueca. Bueno, ya sabes qué quiero decir, el cortasetos. Y no fui capaz de decírselo a tu padre. Ya lo conoces, habría querido enseñarme cómo repararlo, cómo se llama cada pieza diminuta, y es que no me importa. Pero tampoco podía llevarlo a otra parte para que lo repararan, habría sido como alta traición. Así que lo dejé correr. Tampoco me venía mal tener una excusa para no tener que podar. Al fin y al cabo, no pasa nada si el seto crece. Tenía ganas de que papá hiciera algún comentario al respecto, así podría preguntárselo: ¿qué problema hay? Pero al parecer no hay ningún problema. Yo diría que ni siquiera se ha dado cuenta. Así que me he pasado un montón de años podando el seto para nada. No lo hacía ni por mí ni por el seto, eso desde luego. Ah, por cierto, he leído un poco de aquel libro que me regalaste. Freud. Un poco pomposo. ¿Sabes qué pensé? Si se supone que el tal Freud es tan genial... Pensé lo genial que habría sido yo si hubiera tenido tiempo de serlo.

De repente a Maggie le da la impresión de que se le ha ido la lengua. Se ha alegrado tanto de ver a su hija que las palabras casi le han salido en tropel, y cuando Sofie se ha reído, Maggie se ha aferrado a aquella risa para alargarla, pero se acaba, y una seriedad invade a Sofie.

En la mesa vecina, un niño ahoga su tortilla en ketchup. Maggie recuerda un reportaje del telediario. Unos niños americanos a los que la Policía ha liberado del cobertizo en el que estaban encerrados. Los niños caminan poco a poco, la luz del sol les hace daño en los ojos. Debería ser delito que alguien los filmara en ese momento. Se agarran unos a otros bajo el cielo abierto, una pequeña manada. Tiene ganas de hablarle a Sofie de esos niños, pero descarta la idea. ¿Se les puede consolar?, querría preguntar. No solo liberarlos, sino consolarlos.

Están sentadas en silencio en el Café Blomsten.

Entonces a Maggie se le ocurre preguntar por los estudios. Sí, ahora tiene un profesor muy bueno, dice Sofie. Da un curso sobre psicoanálisis desde una perspectiva feminista. Mientras habla, Sofie recoge migas de tarta apretándolas con el dedo índice y las pasa del plato a una servilleta, de donde las sacude. Maggie tiene que esforzarse para no reírse ante este comportamiento tan extraño. Entonces Sofie levanta la vista de su plato, mamá, ¿eras feminista, tú, de joven?

Maggie siente vergüenza. No entiende qué le pregunta Sofie realmente. ¿Es un reproche? La invade la cólera. ¿Acaso Sofie se cree que puede decirle cómo debería haber vivido su vida? Sofie, a quien nunca le ha faltado de nada, que puede leerlo todo en los libros.

Pero Maggie sabe perfectamente que su ira es injustificada. Si Sofie no tiene ni idea de su vida, si eso hace que se sienta sola e incomprendida, es solo por su culpa. Apenas le ha contado nada sobre cómo era su vida antes del paritorio, y en realidad tampoco demasiado de lo que vino después. Y si le ha contado algo, solo ha sido para advertirla de peligros.

Tanto una cosa como la otra pueden degenerar y acabar mal como si nada. Es lo que ha dejado caer que sabe por experiencia. Ha dejado que sus conocimientos se filtraran de forma velada y sin que resultaran intimidatorios por accidente. Ha actuado con la idea de evitarle sufrimientos a Sofie intentando que no siguiera sus pasos, pero sin poder revelarle cuáles habían sido esos pasos. De hecho, quizás ella misma tampoco lo sabe. Ha intentado borrar su propia vida de la vida de su hija, y con eso ha perjudicado a ambas.

Sofie vuelve a dedicarse a mover migas de aquí para allá. Maggie se da cuenta de repente de que no tiene ni idea de cuánto tiempo ha pasado desde que Sofie le hizo la pregunta. No, responde, pero de una forma que suena más a pregunta que a respuesta.

Sofie mira a Maggie sin indulgencia. Ya no hay escrutinio. No es una mirada con un trasfondo. Mira a su madre desde una tristeza que Maggie nunca comprenderá. Bueno, vale, ¿probamos el zumo?, pregunta, con aquella capacidad demasiado aguda de salvar a su madre cuando se mete en aguas demasiado profundas, y Maggie sonríe aliviada.

Mientras Sofie se levanta para pedir, los pensamientos de Maggie se desvían hacia Roma. Naranjas y grandes máquinas plateadas de las que sale el café. Tal vez si hubiera dado a luz a Sofie en Roma, las cosas habrían sido distintas. Habrían podido sentarse al sol en una conversación secreta y un poco insustancial sobre cosas que solo entendían ellas, porque eran las únicas que habían vivido sus vidas. Su vida en un apartamento demasiado frío en invierno y demasiado caluroso en verano, pequeño y bonito y con un balcón al que Maggie se asomaría a veces desde el salón para ver a Sofie ensimismada en él.

Maggie está totalmente absorta en sus pensamientos cuando Sofie le pone el zumo delante. En el vaso hay una pajita a rayas. Cuando ambas levantan la mirada de sus pajitas al mismo tiempo y se miran las muecas extrañas de sorber, les resulta muy gracioso. Seguramente a las dos

les hacía falta reírse un poco, porque a Maggie le sale el zumo por la nariz y eso hace que también se ría Sofie.

Bueno, mamá, dice Sofie después de varias tandas de risas, tengo que contarte algo. Tengo pareja y es una chica.

Maggie mira desorientada a Sofie, que por supuesto no puede interpretar la expresión de su madre más allá de que está aterrorizada y enfadada por lo que ha oído. Pero lo que desborda dentro de Maggie es otra cosa.

Maggie, arruinada, ya se había resignado a que tarde o temprano tendría que quedarse quieta, muda y estúpida como una planta de interior, oyendo por casualidad al novio de Sofie tildándola de puta a través de la puerta de la habitación de invitados.

Ha habido un par de tipos que venían con frecuencia. Maggie les abría la puerta y les miraba la cara; no eran más que espejos que le mostraban su propia vida. No tenía ni idea de qué haría cuando llegara la destrucción que estaba convencida de que tarde o temprano alcanzaría a Sofie.

Kurt le ha deseado a Maggie que se muriera, que ardiera en llamas, que la atropellaran, que tuviera cáncer. ¿Qué iba a decir cuando el novio de Sofie le deseara la muerte, cuando un hombre le diese a entender a su hija que sería mejor que no estuviese en este mundo? Sofie tendría que dejarlo, claro, pero ¿con qué autoridad podría decírselo Maggie?

Ahora, con una feliz ignorancia, se le antoja que se había preocupado innecesariamente. Que Sofie se libraré, y ella también.

Maggie pone la mano sobre la mesa, la palma hacia arriba. Primero, Sofie no acepta la invitación, le ha dolido la expresión inicial de Maggie. Entonces Maggie le dice, con lágrimas en los ojos, que la quiere, que está muy orgullosa de ella, y Sofie acepta.

Maggie pide una botella de champán. Es embarazoso, ya lo es cuando Maggie lo propone y todavía más cuando se convierte en realidad delante de ellas, dentro de un gran cubo de hielo, una presentación que ninguna de las dos había visto antes. Pero entonces la bebida burbujeante las deja a ambas tan ligeras que se despiden frente al Café Blomsten como plumas llevadas por el viento en direcciones opuestas.

En casa, se siente mareada del trajín y del champán. No puede evitar contárselo a Kurt, previa promesa de que nunca permitirá que Sofie sepa que se lo ha contado ella. Kurt necesita un momento para recomponerse. Primero, de la complicidad entre madre e hija que hace que él nunca sea la primera persona a quien acude Sofie; luego, de que ahora su hija parece inclinarse todavía más hacia una comunidad femenina secreta basada en la confianza. De repente, su expresión cambia. Una sonrisa que saca a relucir todo lo que de otro modo estaría encerrado en su lugar de siempre. Joder, Maggie, qué dices. Nuestra hija tiene pareja por primera vez.

Maggie mira al hombre con el que ha pasado la vida. Sus manos cuelgan inquietas a los lados del cuerpo, como si fueran pájaros antes de ser atrapados y fijados en la cintura baja. Reparte una cerveza entre dos vasos, propone que se sienten un rato fuera en el banco.

REPASO A LA VIDA DE KURT

Desde otra habitación, oye a Maggie hacer ruido con algo. Luego atraviesa el salón, cargada con un mueble de colores, una mesilla de noche. La lleva en brazos, las cuatro patas sobresaliéndole del pecho, la hace parecer un curioso insecto. No se han llegado a casar. Primero tenían intención de hacerlo, soñaban con cómo iba a ser la boda, luego se les olvidó. Kurt tampoco sabe qué estaba peor visto: casarse por tercera vez o tener un hijo sin haberse casado. Cree que, si se hubieran casado, no se le habría hecho raro decir que Maggie era su esposa; «novia», en cambio, suena mal. Quien se paseaba por el salón como un insecto de colores no es su novia. Lo que pasa es que puedes sentirte desvinculado de tu mujer aunque siga siendo tu mujer, mientras que sentirte desvinculado de tu novia es una contradicción.

Se deja caer en el sofá, exhausto. Sobre su cabeza cuelga un dibujo que Sofie hizo con ceras hace muchos años. Representa un tigre flotando en un cielo azul. Un sol flotante, dos palmeras flotantes y el tigre flotante, eso es lo que hay en ese mundo.

Tiene dieciocho años la primera vez que se encuentra en el largo e inquietante pasillo de la maternidad esperando ver a su mujer. Cuando entra en la habitación, se han llevado al bebé. Bodil necesita descansar, pero nada indica que vaya a hacerlo. Kurt intenta cogerle la mano, pero ella se la aparta y lo mira fijamente como si fuera un fantasma.

Una noche, meses después del parto, le resulta irreal que Bodil anuncie que quiere dejarlos y efectivamente se vaya. Kurt se sienta cerca de la puerta y escucha, esperando oír en cualquier momento a Bodil subiendo las escaleras, pero no regresa.

Cuando el bebé se despierta gritando por la noche, no sabe qué hacer. Lo coge y se retuerce entre sus brazos, la cabeza le cae hacia atrás, tiene que agarrársela y apoyársela contra el pecho. El bebé empieza a buscar el pezón y Kurt piensa ansioso en la comida. Es casi imposible abrir la puerta de la nevera con el bebé en brazos; lo deja con cuidado en el sillón y se encoge al ver cómo llora. No hay leche: Kurt abre frenéticamente todos los armarios de la cocina sin saber lo que busca, encuentra una botella de zumo. El bebé llora todavía más fuerte mientras él intenta darle el zumo poco a poco, está claro que no se sacia. Todavía perseguido por el llanto, hierve el zumo con un poco de harina, espera impaciente a que se enfríe y se lo da al bebé. Eso ayuda. Se quedan dormidos juntos en el sillón, el bebé sobre la barriga de Kurt, ambos igual de agotados.

A la mañana siguiente no tiene más remedio que presentarse en el trabajo con el bebé en brazos y avisar de que no va a volver. La gente se aparta silenciosamente a su paso mientras cruza la nave de la fábrica. La asquerosa compasión que siente a su alrededor le da ganas de deshacerse del bebé, pero lo agarra con fuerza, sube las escaleras hacia la puerta tras la que firmó su contrato no hace mucho. Camino a casa, para en una farmacia y compra un biberón. Lo mejor sería suero de leche diluido en agua, le dice el farmacéutico, que, para alivio de Kurt, no hace preguntas.

Después de la leche, el niño se duerme en sus brazos. Kurt lo deja en la cama con cuidado y se tumba a su lado. El niño se llama Flemming, pero aún no está acostumbrado a este nombre, y Kurt tampoco. Observa su carita, la boquita que emite un débil eructo. Hasta ahora que el niño se ha quedado sin madre no había entendido que está vivo, que en su pecho hay un corazón que late. Permanece mucho rato mirando el bebé dormido, a veces incrédulo y a veces abrumado por el dolor que es el amor.

Una mañana helada se gasta su último billete de cincuenta coronas en el supermercado. Camina de vuelta a casa por Sankt Peders Stræde con el suero de leche en la mano y el corazón desbordante de amor por el pequeño al que debe alimentar. El otro día soñó que a Flemming le salían los dientes pero luego resultaban ser monedas de cobre podridas que caían de su boca cuando esbozaba una espeluznante sonrisa de viejo. En casa, Flemming se chupa los dedos de los pies en la cuna mientras Kurt lo mira sin comprender cómo trajo esta vida al mundo. Lo coge en brazos y van de una habitación a otra del piso mientras Kurt se plantea qué hacer. Ha oído que hay hombres que buscan a otros hombres en la plaza del ayuntamiento; esa es su mejor opción. Flemming suele dormir cuatro horas del tirón antes de despertarse en plena noche; tendrá que asegurarse de haber vuelto a casa para entonces. Si no, tiene que ponerle un biberón en la cuna y esperar que el niño sepa alimentarse un poco por su cuenta.

Es un doble ultraje, la traición de Bodil y ahora tener que cargar en su cuerpo con esa traición en forma de ropa seductora. Con chaqueta de cuero y pantalones ajustados, camina de un lado a otro de la plaza. Si pasa suficiente tiempo sin que nadie se interese por él, se va a casa. Delante de la puerta, duda. Teme encontrarse a Flemming muerto, se imagina poniéndole la mano sobre el pecho y notando que no se mueve. Pero Flemming duerme tranquilamente. Es demencial no saber si lo ha reclamado a gritos mientras no estaba.

El sol está alto en el cielo cuando Kurt baja al prado. Sofie no es más que una bolita regordeta que da tumbos por el patio, se araña las rodillas y muestra algo muy terroso cada vez que se ríe. El otro día se acercó al césped, donde él estaba tumbado, se le sentó sobre la falda y se meó. Ya te vale, dijo él contra sus cabellos cálidos, casi desbordante de un amor saturado de sol.

En el prado, se arrodilla ante Turner y le apoya la cabeza sobre el pecho. La yegua lo deja hacer sin alterarse, dobla el cuello y le frota el morro contra la mejilla. La yegua es su único confidente. No habla con ella con palabras, se lo comunica todo por otros medios. Es el único que puede montarla; con otros, tiene una actitud desafiante, se niega a caminar o se encabrita. Él se disculpa por el mal carácter del animal, pero en secreto se alegra de tener este pacto.

Ib, su vecino, quería enviarla al matadero. No había manera de controlarla, sus hijas no solo no podían montarla, sino que les soltaba bufidos amenazantes en cuanto se le acercaban con la almohaza. Kurt había pasado de largo por el prado todos los días sin fijarse en la yegua. Formaba parte del paisaje y no le dedicaba más atención. Ahora que sabía que no la querían, se daba cuenta de que sentía un amor intransigente y radical por la vida a la que Ib quería poner fin. Ofreció una suma exageradamente alta, que fue todo lo que necesitaba Ib, que quería castigar al animal por no someterse ante sus hijas, para acceder a trasladar a la yegua a un nuevo prado adyacente a aquel en el que había pastado hasta entonces.

Maggie lo observa con extrañeza cada vez que baja por el sendero hacia el prado de Turner. Con la mejilla apoyada en el pecho cálido y suave de la yegua, se pregunta si estará celosa. Es extraña, esta mujer que se ha traído. Apenas se fija en otras personas. Le presentas a un amigo o amiga y le tiende la mano, pero te das cuenta de que pasan a través de su mente sin dejar huella. Pero sí le interesa la relación de Kurt con Turner. Cuando él vuelve del prado, ella siempre le dirige una mirada elocuente, pero él no se toma la molestia de averiguar qué significa. Si Maggie no lo entiende, es su problema; el caso es que él solo puede pensar tranquilo cuando está con Turner.

Una idea ha empezado a germinar en su interior. Quiere ser libre. Lo tiene tan claro como que el sol sale por las mañanas, quiere abandonar de una vez por todas su vida de asalariado. Dejar de conducir buses de otros. Va a ahorrar un poco cada día, si es necesario cogerá otro trabajo, algo por las noches, y un día podrá permitirse comprar un autobús viejo y montárselo por su cuenta. Los pensamientos fluyen de él hacia Turner, siente que ella también quiere verlo libre.

Sofie llama para decirle que Maggie ha muerto. Quiere que Kurt sepa que Maggie sufrió y gimió, que no fue una muerte tranquila, si eso era lo que se imaginaba. Él no se imaginaba nada parecido, pero tampoco se había imaginado otra cosa, no ha querido pensar que la muerte comienza en un cuerpo que todavía está vivo. Para él, la vida y la muerte son dos cosas muy distintas que no guardan relación entre sí. En primer lugar, ha evitado pensar en lo que estaba pasando en el interior de Maggie. Se ha esforzado en pensar en ella como una cáscara vacía. Ahora no puede evitar ir al baño a vomitar, y no para ni cuando ya no le queda nada que sacar. Se inclina sobre el lavamanos y se da cuenta de que el cepillo de Maggie sigue allí, lleno de pelo. Es inconcebible que esos pelos ya no pertenezcan a nadie. Agarra el cepillo y se sienta contra la pared, y todavía está ahí sentado horas más tarde, cuando llega Sofie. No sabe qué decirle a su hija, la señala con cepillo, casi como para protegerse, y ella se lo arranca de la mano y lo obliga a incorporarse. Parece que vaya a pegarle, pero se desinfla y se sienta en el retrete. Pasan un rato así, sentados en silencio, y luego consiguen llegar al sofá apoyados el uno en el otro. Kurt enciende la televisión, el presentador se pasea por el plató con una camisa de colorines. Es como una vía de escape para el dolor: del padre y la hija pasa a la tele, desde donde vuelve en forma de un flamante coche plateado nuevo a estrenar, vótores del público.

Esto pasó hace mucho tiempo, en Hvidovre. Kurt es un niño, observa el prado que se extiende hasta el infinito. Aquí pastaban vacas, pero ahora el Estado lo ha expropiado para construir una nueva carretera. Es mediodía y el sol rabia contra Kurt, pero él no piensa detenerse, va a caminar hasta el anochecer.

El día anterior, su padre lo llevó al matadero donde trabaja. Se paseó con un cigarrillo en la boca entre las vacas despellejadas que colgaban del techo. Pero Kurt no quería seguir los pasos de su padre, ni siquiera tenía fuerzas para entrar en aquella casa de muerte ahora que comprendía que era el lugar de trabajo de su padre; se le saltaron las lágrimas. Su padre se dio la vuelta desde el fondo de la sala y vio a Kurt de pie en la puerta, llorando. Por un momento pareció confuso, pero luego se echó a reír. Entre las carcasas colgantes aparecieron cada vez más rostros masculinos buscando la causa de las risas, y su imagen allí en la puerta hizo que pronto resonaran carcajadas por toda la sala.

Y por eso ahora Kurt camina prado a través: no puede perdonar a su padre, y si no puedes hacer eso, no tienes hogar. Se abre camino a través de la hierba áspera del prado, hacia el atardecer, se sienta apoyado en un árbol y llora porque tiene hambre. Mira al cielo, que se limita a devolverle la mirada azul. Un día colgará a todos los adultos, es la promesa que le hace a alguien que no es ni él mismo ni nadie en particular; algo grande está por venir, y él será quien lo repartirá.

Kurt está sumido en un sueño superficial y sudoroso, como después de beber, cuando Fatih le toca el hombro con la punta de un dedo. Es una transgresión para ambos, quizá especialmente para Fatih, que al ver las piernas desnudas de su jefe no puede evitar recordar involuntariamente los muslos de pollo que se comió ayer. Maggie está gritando en el granero, eso es lo que Fatih ha venido a decirle. Kurt se pone los pantalones y, aún con el torso desnudo, cruza el patio a la carrera. Al ver a Maggie, no sabe lo que ve. Su primer impulso es enfadarse. Luego le entran las sospechas. Qué quieres de mí, tiene tiempo de preguntar. Agarrándola del brazo, la arrastra de vuelta a la granja, la instala en el sofá. Maggie tiene la mirada totalmente ida, pero él sabe que es puro teatro. Involucrar a sus empleados en esto es una bajeza que él nunca le perdonará. Lo cubre una ola vieja, hace tiempo que no lo invadía una sensación como esta. Le expande el pecho, apretando contra sus sienes, sus manos se lanzan a sacudirla, pero en lugar de eso, le dice que se muera. Nadie va a echarte de menos, ni siquiera Sofie. Maggie se pasa el resto del día en el sofá. Él va a verla una y otra vez, quiere tocarla, pero sabe que él mismo lo ha hecho imposible. Al final del día, Maggie está tan agotada de ira que deja que se acurruque contra ella. Te quiero, dice él, y ella responde lo mismo.

Pululan insectos por las aguas poco profundas del foso de Nyborg. El olor a lilas es tan intenso que casi apesta en la plaza. Los miembros de una familia, agotados por el calor, se inclinan sobre sus pizzas.

Desde que vi la granja, supe que al hombre de cabellos blancos no le quedaba mucho. Me dio lo que quedaba de él para irse más ligero. Creo que será hoy. Será una muerte densa y silenciosa en su habitación de la residencia.

Se dispone a echarse una siestecilla y desaparece ante sus propios ojos.

De momento, está sentado en su sillón. No es que esté haciendo balance de su vida; si acaso, repasa distraídamente las idas y venidas de las personas que ha perdido.

La última vez que vio a Bent fue en el funeral de Jovan, poco después de la muerte de Maggie. Fue terrible volver a sentarse en un banco duro cerca de un ataúd.

En el velatorio se respiraba un ambiente nervioso y agitado. La mayoría no había descubierto hasta después de la muerte de Jovan que tenía sida. Nadie sabía realmente qué decir a los demás junto a las mesas. Poco a poco, se fueron reuniendo en pequeños grupos a cuchichear sobre quién había estado con quién y cómo.

Después, Bent y Kurt se fueron a Mågen, un sitio nuevo en el puerto que se parecía a todos los sitios de siempre.

Se enfadaron por una cuestión de dinero; quién había pagado más a lo largo del tiempo. Finalmente lograron hacer las paces. A ninguno de los dos le importaba realmente, siempre que no le importara al otro. El resto de la velada fue agradable. En su embriaguez había una gravedad tierna, una humildad por seguir vivos, por seguir teniéndose el uno al otro.

Pero en los meses siguientes no se llamaron. Perdieron la costumbre de verse, la idea de quedar se fue volviendo poco a poco más complicada. Se cruzaban de vez en cuando, pero Kurt apenas salía, y luego Bent se mudó a Odense.

Kurt no sabe cuándo murieron sus padres, pero deben de estar muertos.

Se ha peleado con todos sus hermanos. A diferencia de él, supieron dejar atrás la ira que sentían hacia sus padres. Si olvidas, es más fácil avanzar.

Pero Kurt no puede olvidar y, además, como fue el último hijo, fue el que más enojo provocó. Si no llegaban a fin de mes, era básicamente por su culpa. Si no hubiese nacido, todos los demás habrían vivido mejor.

Él ha tenido tres hijos.

Flemming. Mette, a quien tuvo con Ulla. Y Sofie, que es la única a la que ve de vez en cuando.

Tuvo que llevar a Flemming a un orfanato. Se las arregló durante tres años, pero al final no pudo seguir soportando ofrecerle a su hijo una vida en la que solo conseguían llevarse algo a la boca después de muchas dificultades, y a menudo ni siquiera entonces.

El orfanato ocupaba un gran edificio de ladrillo rojo. Una mujer los recibió en el vestíbulo, los condujo al dormitorio y a una cama con el nombre de Flemming escrito en una pequeña pizarra. Kurt dejó su mochila al pie de la cama y se esforzó en no pensar que era lo único que le dejaba a su hijo.

Cogidos de la mano, él y Flemming siguieron a la mujer, que fue abriendo una puerta tras otra y nombrando las salas. De vuelta en el dormitorio, Kurt cogió a su hijo en brazos. Flemming se aferró a él, Kurt lloró, pero en silencio, para que el niño no se diera cuenta.

¿Cómo consiguió soltarse de aquel abrazo? Se lo ha preguntado muchísimas veces. No así, no tan directamente, sino en forma de punzada de dolor desde detrás del pecho hasta el abdomen.

Lo soltó, sus entrañas gritaban cuando abrió la puerta y saludó con la cabeza a la mujer que

había estado esperando en el pasillo, sí, Flemming y él ya se habían despedido.

Delante de la entrada principal, la mujer se arrodilló y rodeó con un brazo los hombros de Flemming; ambos le dijeron adiós con la mano. Kurt consiguió a duras penas salir del jardín delantero y doblar la esquina antes de desplomarse en la acera y vomitar con la cabeza medio hundida en un seto.

Durante mucho tiempo se despertaba todas las noches bañado en sudor frío y oía gritar a Flemming. Extendía la mano hacia el lugar en el que había estado la cuna y se daba cuenta de que el niño ya no estaba.

Apenas un año después recibió una carta del director del orfanato. Había una pareja que quería adoptar a Flemming. Son buena gente, escribió el director, él es sacerdote y ella maestra, viven en Rungsted y tienen un jardín maravilloso. Cuesta imaginarse un hogar mejor.

La última frase era de una tiranía especialmente cruel. ¿El mejor hogar imaginable no habría sido el que le habría podido ofrecer Kurt si hubiese tenido algo de dinero?

Pero Kurt no encontró nada que objetar, lloró mientras escribía en su respuesta que se había alegrado mucho al leer la carta del director.

No sabe qué fue de Mette.

Cuando abandonó a Ulla, Mette pasó a ser la hija de Ulla.

Cada seis meses le pedía a un amigo que les llevara un sobre con todo el dinero del que podía prescindir, y Ulla, según el amigo, siempre aceptaba malhumorada.

Si alguna vez iba a Copenhague, evitaba todo contacto visual con chicas que suponía que debían de tener la edad de Mette.

Además, a Maggie cada vez le provocaba más rencor cualquier cosa que le recordara su anterior matrimonio; Kurt no quería sacar el tema de Mette para no sumirla en la amargura.

Y también ha dejado escapar a Sofie.

No la llama.

Le supone un gran esfuerzo tener que organizarse con varias semanas de antelación para quedar con ella, ya que vive en Copenhague y no puede pasarse cuando le apetezca y ya. El tiempo se ha vuelto diferente para ellos: para él es un continuo, ya no está dividido en diferentes nombres, mientras que ella pregunta, por ejemplo, qué tal el sábado de la semana 37, y Kurt no sabe a qué se refiere ni si todavía estará vivo para entonces.

Sofie llama a veces.

Entonces se sienta en el sillón de mimbre del pasillo, donde está el teléfono de los residentes, y se siente incómodo porque siempre hay alguien escuchando, personas silenciosas que también están sentadas en sillones de mimbre haciendo punto o mirando al infinito.

No tiene nada que decir por teléfono. Él, que antes charlaba y charlaba, solo tenía que abrir la boca y las palabras salían solas, ahora no tiene nada que decirle a ese estúpido auricular.

Mira hacia el pasillo. Hay catorce habitaciones. Junto a las puertas, cartelitos con los nombres: fáciles de borrar si hay que sustituir un nombre por otro.

Deberías pillarte un móvil, le dice Sofie.

Podría decirle que odia aquellos rectángulos sin botones, que le asusta no poderlos abrir y ver los engranajes, que en su opinión nadie debería renunciar tanto al control; pero se limita a responder que bah, quizá.

Lleva tanto tiempo afligido que ya no se da cuenta de que lo está. Se ha convertido en una costumbre, pero una costumbre que no puede alternarse con otras porque en realidad está de luto.

La muerte de Maggie fue la gota que colmó el vaso. Los gritos de Flemming volvieron a los sueños de Kurt; poco después también los oía de día. Se encerró en el dormitorio, intentando

sacudirse las lágrimas.

Lo único que lo mantenía a raya era la reprobación de Maggie. Ahora que su mirada ya no se posaba en él para mantenerlo con los pies en el suelo, no había límites, y Kurt se desmoronó por completo.

Poco después de la muerte de Maggie vino el concurso de acreedores. Todo era del banco, hasta sus calzoncillos. Tenían derecho a todo lo que fuese suyo. Se vio obligado a abandonar la granja.

Vivió muchos años en un pequeño piso en el centro de Nyborg.

Acordó con la tienda que le llevaran la compra a casa, así casi no tendría que salir.

Cuando el mundo exterior se acordaba de él, solía hacerlo en forma de sobres con ventanilla que él dejaba sobre la mesa del café sin abrirlos. De vez en cuando, recogía todas las cartas con un gesto amplio del brazo y, desviando la mirada, las metía en una bolsa, la cerraba precipitadamente y la tiraba a la basura.

El dinero que había tenido se reía de él desde el televisor que aún conservaba y que, cuando lo compró, había sido el modelo más caro de la tienda.

Entonces le cortaron la luz. Una noche que se presentó sin avisar y Kurt le abrió la puerta con un frontal y la hizo pasar al interior del oscuro piso, Sofie decidió que en lo sucesivo la correspondencia de su padre se la enviasen a ella.

También fue Sofie quien insistió en que debía ir a una residencia.

En realidad, es una forma de maltrato tener que vivir en un lugar en el que siente continuamente que alguien podría meterse en su cuarto y pillarle haciendo algo. Su vida aquí se reduce a una serie de poses (en el sillón con las piernas en alto, tumbado en la cama, con cuchillo y tenedor en la mano) para que nadie vea lo que realmente quiere, que él mismo no sabe qué es.

Solo quiso traerse una caja. No quiso explicar su contenido a nadie. Son reliquias. Una cuchara que Maggie dejó sobre la mesa de la cocina la mañana que se fue al hospital. Un neceser pequeño que casi nunca ha abierto por miedo a que se caiga algo y lo pierda, pero sabe que huele a labios pintados, es un olor indefinible, azulado, no hay nada más que huela así. En la caja también estaba el dibujo del tigre de Sofie. Lo ha colgado encima de la cama. Le gusta imaginarse que vive la vida del tigre, una vida que flota libremente entre palmeras. En las raras ocasiones que Sofie lo visita, es una de las cosas que hace. Señala el dibujo y dice: lo hiciste tú, me encanta.

Y ahora le toca morir.

No sé si él lo nota, porque está dormido. Su pecho queda inmóvil, deja de coger aire.

Pocas horas más tarde, llega Sofie. Se obliga a acariciar los cabellos de su padre muerto. Se queda ahí de pie sin pensar en nada. Si hay algo, es un mar, una infinidad de moluscos transparentes.

Luego intercambia varias palabras con un cuidador; hablan un poco sobre el difunto, la muerte, cómo se produjo, y un poco más sobre los aspectos prácticos inminentes, adónde van a trasladar a su padre y cuánto tiempo pueden tenerlo ahí.

Algo la atraviesa y le sale por la espalda cuando cierra la puerta tras de sí, dejando a su padre en la cama.

UNA LLAMADA DESDE COPENHAGUE

Antes de acabar, quiero hablarte de aquella noche que Kurt apenas recordaba. Había salido con Bent. Primero habían ido al Phønix, después al Cadet. Lene también estaba, colgada del cuello de Kurt hasta que se dio por vencida y se fue a casa con la sensación de haberse humillado por un hombre que en realidad ni siquiera le gustaba. Se durmió con la luz encendida, sintiéndose expuesta a una mirada de la que no podía protegerse porque estaba demasiado agotada. Kurt, en cambio, acababa de empezar. A su alrededor, nada corría prisa, hablaba cada vez más alto, inventándose las cosas tan rápido como bebía, ideas y más ideas que lo llevaban cada vez más lejos. A la mañana siguiente, se despertó con la sensación de que había ocurrido algo, pero ¿qué? Pocos días después llamó un hombre que se presentó como T.

Estuvo bien el otro día, dijo, con un tono tan burlón como jovial que tuvo el efecto esperado en Kurt, en el sentido de que se sintió inmediatamente dominado, se está bien, aquí en Nyborg, lo que no sabía era que tuvierais tanto dinero en el bolsillo para gastar por ahí. T le contó que llevaba bastantes años en el sector de los transportes y que se había lanzado a saco a por un proyecto que tenía en mente al que le veía un gran potencial. Pretendía romper el monopolio estatal del transporte marítimo a través del estrecho de Øresund, solo había que poner algunos ferris, dijo, abaratarlo, ahora mismo no hay ninguna inversión mejor. Kurt se puso nervioso y se acaloró, sonaba como una inversión que iba a llevarlo mucho más lejos de lo que se había atrevido a soñar. Pero no quería que pareciese una persona sin más opciones, así que le dijo a T que se lo pensaría y colgó. Pasó las siguientes horas caminando de un lado al otro del despacho, muy agitado. Sentía la euforia de la venganza. Pensaba en todos los que habrían querido verlo fracasar, todos aquellos para los que su vida era insignificante y pequeña. También les respondía a ellos cuando, al cabo de unas horas, no pudo esperar más y llamó a T para decirle que tenían un trato.

ÍNDICE

[Un rostro en un sueño](#)

[Kurt](#)

[Maggie se despierta](#)

[La juventud de Maggie](#)

[Scandinavian Star](#)

[Un mamotreto blanco y reluciente](#)

[Palabras duras](#)

[En el Café Blomsten](#)

[Repaso a la vida de Kurt](#)

[Una llamada desde Copenhague](#)